



*El sueño de  
Carolina*

Y OTROS RELATOS

ANTHONY J. VELARDE

**EI SUEÑO DE CAROLINA Y  
OTROS RELATOS**

**ANTHONY J VELARDE**

# **INDICE**

EL SUEÑO DE CAROLINA

AMIGOS INSEPARABLES

BIFURCADO

LA ISLA MINEAS

# EL SUEÑO DE CAROLINA

Caía la mañana, los pájaros cantaban, el aire helado azotaba y los padres de Carolina se preguntaban en donde habría pasado la noche. Nadie sabía de ella desde la tarde del día anterior, cuando llegando del colegio se negó a servirle la comida a su padre y alegando que tenía como tarea escolar un trabajo grupal, entro presurosa a su habitación lleno su maleta, y salió.

Carolina a sus catorce años, era una niña —según contaban en el pueblo— de sonrisa imborrable, menudita, hábil en los estudios y respetuosa con maestros y personas mayores. Se había hecho novia de Jordi, hijo del alcalde, hace ya unos meses.

Diariamente Carolina llevaba de la mano a su hermano Facundo, desde su modesta casa en una zona rural durante una hora y veinte minutos hasta llegar al pueblo. Dejaba a Facundo en el jardín y caminaba otros diez minutos hacia su colegio, de regreso era lo mismo.

Esa rutina no parecía agotarla, sino fortalecerla, a menudo compartía con sus amigos uno de sus anhelos: “cuando termine la secundaria me iré a la capital, podré ganar dinero y estudiar arquitectura”, aquel sueño no era imposible de realizar, pues su hermano Raúl se fue de aquel pueblo aun sin terminar la secundaria, realizo empleos como lustrabotas, lava-carros, vendedor de golosinas, etc. Hasta que por fin había conseguido empleo como mozo en un elegante restaurant. Con el dinero del sueldo podía pagar las cuentas más tranquilo e inclusive había empezado a estudiar en la escuela nocturna.

El caso de su hermano era uno aislado, durante años la gente del pueblo había intentado emigrar a la capital sin éxito, solo los pocos que lo lograban regresaban al pueblo, eran admirados y no era difícil que se conviertan en alcaldes. Ese era el segundo anhelo de Carolina. Como era de esperarse en un pueblo como ese, en el que la capital parecía tan lejana y que solo algunos podían jactarse de conocerla, los sueños de Carolina eran motivo de burla para algunos muchachos, ternura para los maestros y admiración en una minoría.

Todo parecía jugarle en contra, sus padres querían comprometerla con

Jordi y así tener un mejor estatus en el pueblo, Jordi acostumbrado a la vida de campo no quería que su “mujer” lo abandone y que se consiga un nuevo novio en la capital; este tema, ya había llegado a oídos de los padres, habían visto discutir a la joven pareja en la desolada calle que unía el antiguo colegio con la iglesia. El alcalde y padre de Jordi se mostraba muy entusiasmado con las ganas que tenía de emprender Carolina, decía cosas como: “chica cuando te vayas a ir te organizaremos una fiesta de despedida, mataremos una vaca en tu honor”, “puedo llamar a mi antiguo patrón para que te consiga un trabajo, eso sí debes empezar de abajo” y le decía a Jordi cosas como “ya terminaste la escuela hace un año, también deberías pensar en irte” o “en este pueblo no hay futuro para los jóvenes, todos deberían irse”, para lo cual Jordi no decía nada o solía abandonar la habitación; él estaba feliz con su condición de hijo del alcalde.

Carolina pedía siempre prestado un teléfono y las pocas veces que se lo daban marcaba a su hermano Raúl. Ella pedía desesperadamente que quería irse a la capital, su ímpetu por salir a delante y sobre todo por callar la boca a quienes no confiaban en ella la tenían extasiada. Su hermano solía contestar que estaba ocupado atendiendo mesas y no podía responder en ese momento, y otras veces le explicaba que la vida en la capital era dura y que al menos con la secundaria completa podría conseguir empleo más rápido. Eso desilusionaba a Carolina, pero, aun así, no abandonaba las llamadas, tenía la esperanza de que un día Raúl accediera a su petición y poder ir antes a la capital.

Sus padres no iniciaron la búsqueda en la noche, porque afuera había una lluvia torrencial, truenos y chubascos.

—Y ¿si la agarró afuera el aguacero Eliseo? —dijo María, madre de Carolina aun durante la noche.

—No le pasa nada mujer, además es joven —replicó el esposo tambaleándose hasta caer pesadamente en la cama— seguro llega cuando acabe el aguacero.

—Estas ebrio Eliseo, deberíamos salir a buscarla.

—¿con esta lluvia?, ¿estás loca?, y seguro esta con Jordi “ocupada” —dijo con ambas manos en el aire y flexionando el dedo índice y anular de ambas manos.

—No hables así es nuestra hija...

Eliseo levantó la mano, haciendo el gesto para pegarle. La esposa se tapó

con la sabana, cerró los puños y empezó a temblar.

—Si te digo que está bien, ¿es porque lo está! —le dijo empujándola un poco para entrar más cómodo en la cama— no quiero que me interrumpas más, mañana debo trabajar en el sembrío.

Los padres de Carolina habían pasado toda la mañana en el pueblo, y para el mediodía ya todo el pueblo sabía sobre la desaparición. La residencia del alcalde fue al primer lugar que acudieron, los atendió un criado y luego el mismísimo alcalde. Jordi se negó a salir de su habitación alegando estar indispuesto. Luego acudieron al colegio:

—No se ha sabido hoy de la joven —empezó el director—, deberían hablar con el tutor de aula, el profesor Mateo, él les indicara que clase de trabajo dejaron ayer y así podrán saber el paradero de su hija.

El profesor Mateo se adelantó a los padres y preguntó con una amplia sonrisa porque había faltado Carolina, “¿acaso se ha ido a pasear a la capital?”. Sonrisa que se fue desdibujando a medida que María y Eliseo le narraban la historia, el profesor concluyó la conversación dejándose caer en la silla, saco un pañuelo del bolsillo derecho del saco, se secó la frente, la cual estaba cubierta de un repentino sudor.

—Ayer no dejé ningún trabajo.

Los padres salieron presurosos del colegio en busca de más información, conversaron con algunos comerciantes, incluida la señora que vendía golosinas a Carolina sin obtener pistas.

El reloj marcaba la una de la tarde y el padre de la menor se despidió diciendo que tenía que alimentar a sus animales y trabajar en el sembrío, situación que indignó a María, pero lo dejó ir sin insistir mucho.

Al no tener más pistas sobre el paradero de su hija la madre partió hacia la comisaria del pueblo, dentro de ella había tres oficiales de policía, les conto la historia tan rápido que en varias ocasiones le pidieron que redujera la velocidad para que uno de ellos pudiera tomar nota en su máquina de escribir. Cuando concluyó le respondieron que habían pasado apenas unas horas y tenía que esperar cuarenta y ocho para iniciar la búsqueda.

—¡Mi hija de verdad está perdida! —dijo María, con la cara roja por el enojo— es una niña buena y responsable, jamás ha llegado una hora tarde a casa —prosiguió cambiando el enojo por un sollozo.

—Tiene que entender nuestro trabajo señora —respondió el comisario

entrecruzando los dedos de las manos y apoyando su peso en el respaldo de la silla— no podemos salir a buscar a una niña que pudo haber escapado con sus amigos...

—¡Ustedes están sin hacer nada!, mi hija está allá afuera, perdida, y ustedes sentados aquí, o acaso ¿debe pasarle algo grave para que ustedes se muevan?

—Avísenos si no aparece en cuarenta y ocho horas —ignorando su pregunta en comisario se paró de su asiento y con el dedo señaló al oficial más joven y luego la puerta.

—Señora debo acompañarla —le dijo el joven oficial.

Ya en la acera la señora María sabía que no podría continuar sola su búsqueda, ya había agotado todas sus ideas y decidió rogar, a aquel joven que a no ser porque su hija estuviera perdida, no le merecería ningún respeto, era un muchacho delgado y el uniforme verde le quedaba grande, haciéndolo lucir como un escuálido, tenía la frente llena de acné. Con la voz aguda de quien aún no ha terminado el desarrollo dijo:

—Si fuera un secuestro ¿de quién sospecha? —mientras sacaba una libreta y bolígrafo de su chaqueta— dígame todo lo que sepa.

María seco sus lágrimas y dio detalles sobre los gustos de su hija, su fascinación por leer biografías de personas exitosas, su relación con el hijo del alcalde, el deseo de emigrar a la capital y que desde hace semanas ha estado saliendo las tardes de casa.

—¿A dónde iba todas las tardes señora?

—Tres veces por semana tenía un taller en la escuela para aprender inglés.

—¿Los demás días?

—Era una cosa u otra, trabajos la mayoría del tiempo.

—Haré todo lo que pueda señora —dijo el policía asintiendo y guardando la libreta en la chaqueta— mi nombre es Carlos Gavidia, le ayudaré porque soy amigo de su hijo Raúl.

María le agradeció tomando sus manos. Ya lejos de la comisaria, recordó que aquel oficial, tenía que ser hijo del profesor de educación inicial Enrique Gavidia, se sintió un poco mal por menospreciarlo aún cuando él puso todo su interés, y aunque decidió ir a dormir un poco no tenía esperanza en que aquel joven logre dar con el paradero de su hija.

Carlos estaba sentado en la plaza, pensando por dónde empezar su

búsqueda, mientras miraba a los escolares salir al terminar sus clases, cada quien tomar un rumbo distinto; algunos correteaban, unos compraban dulces y otros se cubrían con bolsas de plástico —eran los que vivían más lejos para cubrirse de la lluvia—. Su principal sospechoso era el hijo del alcalde, pero resultaría imposible que lo recibieran para interrogarlo con menos de veinticuatro horas de pérdida, además nunca había hecho un interrogatorio ¿Qué le diría?, ¿cómo sabría si me miente? Pensó. Luego de decidir que confiaría en su instinto se apresuró en ir a la escuela, quería saber más sobre Carolina.

Al llegar a la escuela, la secretaria le dijo:

—El profesor Mateo a media mañana se sentía indispuesto y decidió suspender su clase.

“Es extraño que un profesor de por terminada su clase”, pensó. Después de un “muchas gracias señorita”, se enrumbo a la casa del profesor Mateo, su instinto le decía que él tenía detalles. Al caminar cuesta arriba por veinte minutos, llego a la vivienda, estaba hecha con barro y tenía un techo de tejas a dos aguas. Acercándose escuchó unos ladridos que lo sobresaltaron, saco rápido su cachiporra, pero se tranquilizó al ver que se trataba de un pequeño pekinés. Tuvo que tocar tres veces antes de que se asomaran a la puerta. La lluvia empezaba a caer.

—Profesor Mateo, buenas tardes —comenzó— soy el oficial Carlos, he venido porque quiero hacerle unas preguntas.

—Ahora no joven, estoy muy ocupado...

—¡Oficial! —le corrigió, intentado que su voz aguda suene más grave—, y las preguntas que le hare serán sobre su alumna desaparecida, Carolina.

—Lo siento oficial — se disculpó y abrió más la puerta para que pudieran conversar mejor—, ¿usted cree que ella esté mal?

Luego de decirle que la madre estaba destrozada, el profesor lo invitó a pasar diciéndole que tenía que confesar algo. La lluvia caía más fuerte. Luego de ofrecerle un café, empezó:

—La joven siempre tenía la ilusión por irse a la capital —decía de espaldas a Carlos, mirando por la ventana—, pero desde hace varias semanas se convirtió en obsesión, estaba desesperada por irse; sé que hasta estaba juntando dinero preparando tamales con una compañera de aula.

Carlos se limitó a asentir, para que le cuenten más.

—Sé que tenía problemas en casa por su novio, ella a veces me confiaba

algunas cosas, un día dijo en casa que quería terminar la relación, su papá se enfadó tanto que no sé si llegó a pegarle, nunca pude confirmarlo. Su novio también era un problema, una tarde le pego a un chico de la escuela solo porque comentaron que había hecho grupo en clase con Carolina.

—Sí —confirmó Carlos, él había estado presente cuando lo llevaron a la comisaria, lugar en el cual no estuvo por más de dos horas debido a la influencia de su padre—, ¿usted cree que él le haya hecho algún daño?

—Más que eso, temo que la joven reunió los medios económicos para un pasaje de ida a la capital —hizo una pausa, resopló y continuó—, siento culpa porque creo que yo, con mis consejos la alenté a ello. En la capital le tocara sufrir mucho sin estudios, sin dinero y sin donde poder dormir.

Antes de despedirse Carlos le preguntó el nombre de aquella amiga, resultó ser hija de la señora Carmela, dueña de una tienda de dulces en el pueblo. Esperó afuera de la casa a que la lluvia cesara, reconstruyendo la historia en su cabeza, la idea de que Carolina haya abandonado el pueblo era cada vez más grande, pero debía confirmar eso antes de avisar a la policía de carreteras.

Cuando el reloj marcaba las cuatro y treinta la lluvia había bajado su intensidad, Carlos tocó la puerta y pidió al profesor una bolsa grande de plástico para cubrirse en lo que caminaba al pueblo.

Durante su camino de retornó la lluvia paraba y por momentos se ponía más intensa, con inclusive rayos y truenos por lo que tuvo que refugiarse en las esporádicas casas que aparecían en la carretera. El hambre lo atacó al recordar que no había almorzado y decidió que llegando al pueblo hablaría con la joven, almorzaría y se iría a descansar.

Ya en el pueblo, pisando asfalto en lugar de lodo y a pocas casas de su objetivo vio una persona en sentido contrario dirigiéndose al mismo lugar que él. Era la joven, estaba empapada por la lluvia y al verlo corrió asustada dentro de su casa, como si así pudiera evitar el interrogatorio del policía. Entró a la tienda, y tras explicar lo que debía hacer, los padres se opusieron. “mi hija no sabe nada de Carolina” decía la madre, “no puede venir sin ninguna orden a interrogar a mi hija, ella es inocente”. Les comentó que Mayra y Carolina habían estado trabajando juntas, a lo que la madre contestaba furiosa que “mi muchacha es trabajadora y si trabajaban juntas, pero no para irse del pueblo sino para sus regalos de navidad”.

Al amenazarlos con ser cómplices si no colaboraban, el padre de la joven

cerró la puerta de la tienda e hizo bajar a su hija. Mayra ya estaba seca cuando bajo y un poco temblorosa, tras las primeras preguntas de Carlos ella negaba todo tipo de relación, incluso la de su pequeño negocio.

—El profesor Mateo y tu madre ya me han confirmado que Carolina y tú andaban reuniendo dinero —dijo Carlos hincando una rodilla al suelo, para estar a la misma altura—, solo quiero que me cuentes que hicieron con el dinero, ella puede estar en peligro ahora, sus padres están muy preocupados.

Pasaron varios minutos y nadie dijo nada, de haber visto alguien aquella escena, hubiera pensado que el tiempo se detuvo en aquella tienda. Cuando Carlos iba a hablar de nuevo Mayra empezó:

—Carolina y yo somos grandes amigas pero ¡le juro que no sé dónde está! Y... es cierto que hemos estado reuniendo dinero para que vaya de viaje —respondió bajando la mirada.

—Es lo que sospecho, ella ahora puede estar rumbo a la capital, alertare a la policía de carreteras ahora mismo.

—¡No, eso no es posible! —gritó la joven y sollozando sacó un paquetito que tenía oculto en su espalda y mostrándoselo dijo— mire...

Carlos sujetó el paquete entre sus manos, era pequeño, conformado por papeles arrugados, como del tamaño de una manzana, al abrirlo vio que se trataba del dinero, monedas de varias denominaciones y algunos pocos billetes desgastados. Empezó a sentirse enojado, creyó que por fin tendría una pista clara del paradero de Carolina.

—Ve oficial, ella sin el dinero no pudo ir muy...

—¿De dónde venias, cuando te vi entrando corriendo a casa? —interrumpió Carlos con los dientes apretados, por esta repentina furia que lo embargaba, se sorprendió al ver lo blanca que lucía la mano que apretaba el paquete con dinero.

—Fui a encontrarme con Carolina —respondió al cabo de unos segundos—, la esperé por largo tiempo y no apareció, ayer también la esperé, se suponía que debíamos preparar tamales.

—¿En dónde se reunían? —preguntó midiendo sus palabras, temía que al usar muchas fuera a explotar de ira.

—A treinta minutos de aquí, atrás del colegio subiendo la cuesta, pasando las grutas y el campo del profesor Gavidia...

“El campo de mi padre”

—... siguiendo el camino hasta llegar al riachuelo, allí nos

encontrábamos.

Luego de reflexionar muy poco, Carlos puso el dinero con fuerza en la mano del padre de Mayra, sin despedirse saco la tranca de la puerta y camino en la lluvia, luego empezó a trotar y finalmente a correr. No sabía que buscaría exactamente, cualquier pista que hubiera existido ya se la habría llevado la lluvia y Carolina no estaría allí, su amiga acababa de buscarla. Pero llevado por sus sentimientos y la irracionalidad Carlos siguió su camino. Ahora caminando —el lodo no le dejaba correr—, paso junto a las grutas, “ya falta muy poco” se dijo tratando de animarse, la lluvia se había llevado todo su enojo, aquella le pegaba tan fuerte que lo volvió vulnerable de nuevo, ahora solo se sentía enojado por estar a punto de abandonar, de rendirse en la búsqueda de Carolina.

Pasó el campo de su padre y llego al riachuelo, el cual se encontraba más caudaloso debido a la fuerte lluvia, buscó refugio debajo de un gran árbol y se sentó mirando a su alrededor, imaginando a Carolina en algún lugar, indefensa, pasando frio. Perdió la noción del tiempo, el interés por su búsqueda fue reemplazado por el rencor hacia su padre. Desde su ubicación, pasando las rejas y el campo sin cultivar se observaba una luz débil y amarilla que provenía de su antiguo hogar.

Se paró y se sacudió la ropa, como si al sacudirla desaparecieran también los problemas familiares, desapareciera su desaprobación cuando el decidió ser policía, como si desapareciera aquel recuerdo cuando su padre lo echó de la casa por no querer seguir estudios de ingeniería, como si aquella vez que lo vio en el pueblo mientras trabajaba y el desvió la mirada, aun cuando él se acercó y le hablo de tan cerca que era imposible que no lo haya escuchado; como si nada de eso hubiera ocurrido.

Carlos siguió su camino, pero esta vez su ímpetu había desaparecido, se sentía cansado y con hambre; tenía ganas de tumbarse en el piso y entregarse a la depresión. Un aleteo lo sobresalto. Se trataba de un gallinazo que voló hacia la copa de un árbol, “¿Qué hará un gallinazo aquí, si viven en las alturas?”, luego bajo la mirada y vio algo que lo sorprendió aún más. Un grupo de al menos treinta gallinazos ubicados en la entrada de la gruta, muchos otros dispersos en las ramas de los árboles y en la roca sobre la entrada de la gruta. Aquellas criaturas le parecían grotescas, se le hizo un nudo en el estómago al solo verlas, su intuición le dijo que tenía que averiguar que había dentro y aunque esas bestias solo se alimentan de carne en descomposición, pensó que

tal vez Carolina estuviera refugiada dentro.

Lanzó una piedra al grupo de gallinazos y ni se inmutaron. Lanzó otra más grande, agitaba los brazos, gritaba, y nada daba resultado. Perdió la paciencia, se acercó poco a poco y las bestias se giraron mirándolo fijamente, Carlos saco su arma e hizo tres disparos al aire, las aves salieron volando en todas direcciones. Guardo su arma, sacó su linterna y entró a la gruta. Los gallinazos se posicionaron nuevamente en su lugar, como dejándolo sin escape.

El interior de la gruta era muy oscuro, la linterna no tenía suficiente potencia como para alumbrar más de lo indispensable. Camino unos minutos con mucho cuidado porque el piso estaba mojado, llegó a un punto donde el camino se bifurcaba. Tomó la decisión de ir por la derecha, la oscuridad era total, al dar unos pasos sus pies se enredaron con algo y cayo de bruces al piso, se paró y recogió lo que fuera que ocasiono su caída; era un suéter que estaba húmedo igual que el piso pero tenía ciertas zonas pegajosas, acerco mucho más la linterna para verla mejor, era sangre.

Siguió caminando, sabía que se encontraba en la dirección correcta —de lo que fuera que estaba descubriendo—, a cada paso un olor fétido se iba incrementando y además sentía nauseas de cargar ropa manchada con sangre. Llegó a un punto donde tuvo que rampar porque las estalactitas casi bloqueaban el paso. En una nueva bifurcación siguió por el camino de la izquierda guiado por el hedor. Al girar por un estrecho pasaje vio algo, la imagen más tenebrosa que lo perseguiría de por vida.

El cuerpo de Carolina inerte apoyado suavemente en la roca, de rodillas como suplicando ayuda. El olor a putrefacción emanaba de ella. Ambos brazos caían al lado de su cuerpo ligeramente contraídos. Los ojos, esos ojos muy abiertos —más de lo que hubiera él deseado— parecían mirar fijamente la entrada del túnel por donde entró Carlos y al mismo tiempo tenía una mirada vacía, como si no mirara a nadie en particular. Carlos petrificado mirando el torso bañado en sangre y la ropa hecha jirones, había sido apuñalada varias veces.

Pero pudo ver algo más impactante, tan siniestro que no podía mantener la mirada fija. Su boca estaba abierta, tanto que había desgarrado las comisuras, la lengua afuera salida de sus fauces lucía de un tamaño desproporcionado, muy grande.

Carlos no daba crédito a lo que veían sus ojos y se los restregó varias veces apenas su cuerpo volvió a responderle. Era cierto, Carolina estaba muerta,

tenía que anunciarlo, sacó su radio del cinturón y al darse cuenta que no tenía señal, dio media vuelta y corrió afuera de la gruta para alertar a sus compañeros.

El intenso sol entraba por la ventana de su habitación obligándolo a despertar, el día anterior había sido muy duro. Mirando su reloj vio que era mediodía, entro al baño a lavarse y salió a comer. Frente a su plato de frijoles pensó en lo sucedido. Aquel suéter que recogió en la gruta y apretaba frenéticamente resultó pertenecer al hijo del alcalde, lo atraparon por usar aquella prenda de marca extravagante. El muchacho temblando del miedo rápidamente reconoció que la apuñaló y se negó a seguir hablando en la comandancia.

El padre de Jordi indignado, dispuso una de las camionetas de la municipalidad para que llevaran a carolina a la capital de la provincia, donde un médico examinaría su cadáver. Carlos sentía pena por la muchacha, por como sus sueños se frustraron, caviló sobre el motivo de Jordi para asesinar a su novia, tal vez luego de que Carolina le contase que ya tenía dinero para irse intento secuestrarla y cuando las cosas se complicaron optó por matarla. Otra parte de él —que se obligó rápidamente a reprimir—, se sentía orgullosa por haber logrado dar con su objetivo, así sea de casualidad. Sus colegas y el pueblo le tendrían más respeto.

Cuando los frijoles estaban demasiado fríos para comerlos, salió rumbo a la comisaria. Al preguntar si Jordi había hablado algo más, contestaron:

—El muchacho esta tan perturbado que dice que lo ha hecho por su bien — empezó acercándose a la celda—, míralo, parece que no hubiera matado a nadie, lo único que ha hecho es llorar desde que vino y se niega a hablar o ingerir algún alimento...

En efecto, pudo notar la cara desencajada, la mirada compungida, su cuerpo arrinconado en la esquina de la celda, nadie lo creería capaz de blandir un cuchillo y acertar varias puñaladas a su indefensa novia.

—Pero ya le dará hambre, y cuando eso suceda no le daremos nada, hasta que confiese y de detalles del crimen cometido.

Y con una sonrisa sentenció: “de esto no lo salvará el alcalde”. Pidió hablar con él pero fue inútil, el chico no decía ni una palabra, solo sollozaba. Decidió no perder más el tiempo y fue a buscar a la señora Carmela para disculparse con su familia por ser grosero el día anterior. Al llegar vio a la

familia devastada, le dijeron que querían a Carolina como un miembro más de su familia, que siempre recordarían su sonrisa y la fuerza que tenía para creer en su sueño, aun con todas las dificultades que tenía.

Le invitaron algunos dulces y un café cargado —el cual Carlos agradeció de corazón—, reconocieron su labor, lo felicitaron por encontrar a Carolina y sobre todo, por descubrir al asesino. A Carlos le costó mucho ser modesto. De pronto quiso saber cómo se encontraba la señora María y su familia. Para la cual contestaron:

—Eliseo salió temprano con su hijo, compro un pasaje para la capital. Se le veía preocupado, dijo que iría a ver a su otro hijo, Raúl. Sobre María, nos dijo que estaba enferma y prefería quedarse en cama, que luego los acompañaría.

Situación que a Carlos le pareció muy sospechosa, la señora María daría todo por su hija y ninguna enfermedad la alejaría de ella. Sin escuchar la respuesta pidió prestado el caballo y salió rápidamente del pueblo. Galopó durante veinte minutos para llegar a la casa de la difunta. Tocó una vez, la segunda fue una patada que derribó la puerta, en el salón atada a una silla estaba la señora María. Nuevamente su instinto lo llevó en la dirección correcta.

Pasaron catorce días. Jordi salió libre aunque descubrieron que las treinta puñaladas que le propino a su novia le ocasionaron la muerte. La señora María sufría una terrible depresión, el peso de la culpa la oprimía, durante el entierro se lamentaba: “ella me lo dijo, y pensé que mentía”. La madre confesó que Carolina le había dicho que cuando su padre bebía por la noche iba a su habitación y abusaba de ella. Esa historia la contó a ella y su hermano Raúl, ambos pensaron que se trataba de un plan para apresurar su salida del pueblo. Nadie pensó que el señor Eliseo, para muchos un buen padre fuera capaz de eso. La bebida —vicio que empezó desde la despedida de su hijo, cuando partió a la capital—, lo transformó en una persona vil, empujando a su hija al suicidio, no dejándole otra opción que robar e ingerir el fertilizante que usaban en el sembrío de papas.

Carolina le había suplicado a Jordi que acabara con su dolor, al sentir como todos sus órganos internos se destruían.

# AMIGOS INSEPARABLES

## I

Para haber sido la primera vez, Nicolás estaba tranquilo, el cuerpo inerte de la empleada del hogar yacía sobre la loseta de la cocina con el torso apoyado en posición poco natural a un mueble debajo del lavadero. La sangre aun goteaba por la herida que él le provocó en el hombro tras el primer intento por cortar su cuello.

A dos horas de que su hermana mayor regrese de la academia preparatoria para postular a la universidad, él bebía una taza de café humeante, cargado, sin azúcar y con un chorro de leche de almendras. Con las piernas cruzadas miraba a la ventana que daba a un jardín, más adelante la cerca que lo separaba de la acera, muy concurrida por ancianos caminando, deportistas trotando, vecinos del exclusivo San Martín paseando a sus mascotas; todos mirando la gran planta de buganvilia enredada a la casa, con flores violetas que caían con la brisa que combinándose con el rojo resplandor del atardecer se conjugaban en una lluvia esplendida, alguna de las miradas se desviaban hacia la ventana y lo saludaban con una sonrisa, él respondía con un gesto de cejas o alzando su taza naturalmente, “solo se puede actuar naturalmente cuando se está fingiendo” recordó haber leído de algún libro.

Emitió un discurso para sí mismo: “Mi hermana llegará en unas horas, está muy ocupada queriendo ser veterinaria, como si valiera la pena salvar vida de animales a costa de malgastar la tuya, la vida es hermosa porque es fugaz y porque alguien en cualquier momento si se libera de los barrotes impuestos por la sociedad y la religión podría arrebatártela. ¡Qué sensación! de adrenalina tan exquisita y transitoria se siente que una persona te regale sus últimos gritos agónicos, ver como se ahoga con su propia sangre y sentir como su alma se evapora frente a la tuya, sensación que de ser más prolongada causaría irónicamente la muerte al propio verdugo”.

Pasó limpiando la habitación cuarenta minutos, usando una camiseta vieja fue cuidadosamente absorbiendo la sangre del piso y con ayuda de un chorro suave de agua —para no salpicar nada— escurrió en el lavadero una y otra

vez hasta limpiar casi por completo al piso y la víctima, miró la suela de sus zapatos, las limpió con papel de cocina desechable y levantó el cuerpo para fijarse que la sangre estaba correctamente coagulada y no goteaba, viendo que no era así la llevó al extremo de la cocina y la apoyó delicadamente en la nevera, volviendo abrió con ayuda del pie el mueble bajo el lavadero para no ensuciar con sus guantes de hule mugrientos, con cloro se dispuso a terminar la limpieza del piso, el pegamento usado entre losetas se tiñó de rosado, así que tomo un cuchillo para rasparlo, unas vez que terminó la tarea escurrió muy bien la camiseta, se retiró los guantes y los dejó limpiarse con el chorro constante de agua de grifo, llevó el cuerpo de Carla a su habitación, para luego esconderlo en su armario.

—¡Qué has hecho!

Aquella voz hizo que se le erizara el fino vello detrás del cuello, le pareció sentir que la sangre que le corría por las venas decidió por el susto frenar y recorrer en sentido contrario, cada célula de su cuerpo, cada función metabólica de su organismo se detuvo, tras unos instantes o tal vez unos minutos Nicolás empezó a recobrar movilidad y a girar su cuello muy lentamente.

—¡Ah!, con que eres tu Paul —respondió recobrando la tonicidad en su rostro—, me has dado un susto de muerte.

—Con que finalmente lo has hecho —empezó Paul con manos temblorosas y negando repetidas veces mirando el piso—, no te creía capaz de esta atrocidad.

Nicolás resoplo, puso una mano en la cadera e hizo una prolongada pausa, se acarició el bigote de adolescente y empezó su discurso.

—He descubierto un nuevo placer Paul, ¡hubieras estado allí!, que sensación tan sublime, bien sabes que vengo planeando esto hace meses, paso a paso, en donde atacar, zonas vitales, coartadas, etcétera; pero el mágico momento empezó cuando se descontroló la situación, Carla escapó a la primera puñalada y me sumergí en un mar de sensaciones: temor, dolor, alegría, histeria, frenesí, pánico y algunas otras que no deben tener nombre, sensaciones reservadas para quien se atreve a ejecutar a alguien, no me mires así Paul no es tan terrible, le he hecho un favor a esta pobre mujer, sin familia que se preocupe por ella, sin amistades, estéril, pobre... ella cree en un dios que les guarda a sus fieles un paraíso en algún lugar del cosmos; irónicamente se los lleva aquel sitio solo al morir, me alegra pensar que tal vez su dios sea

real y este allí con sus hermanos y padres sin tener que servir a personas como nosotros a cambio de migajas. ¡Vamos Paul!, cambia por favor esa cara, se claramente lo que dicen “dios tiene un plan” pero ¿Cómo se lleva a sus fieles?, con enfermedades degenerativas incurables que postran a una cama, causando agonía por meses, tal como le pasó a nuestra tía...

—¡Basta ya Nicolás!, ¿Cómo puedes decir tales blasfemias?, me causa repelús escucharte decir eso y...

—¿Y qué Paul?

—Miedo Nicolás, me da miedo todo lo que dices, debes huir, vete muy lejos para que no te capturen, yo sería incapaz de acusarte, pero debes huir ¡corre! mientras sea posible, no hay crimen que no sea descubierto.

—Te entiendo compañero, no debes temerme soy el mismo de siempre, pero ahora mucho más alegre —se fue acercando con gesto apacible, le puso una mano sobre el hombro—, mira, juntos saldremos de esto, vamos a mi gabinete a jugar una partida de ajedrez mientras te cuento los planes.

—¿Juntos? — replicó Paul horrorizado.

—¿No me delatarás cierto?, no tienes que responder sé que no lo harías, por tanto eres cómplice y me ayudarás —le dedicó una sonrisa a su interlocutor—, no te arrepentirás, probablemente sientas algo de emoción ¡que falta te hace!

El gabinete estaba situado en la habitación contigua, el material predominante es madera lacada. Se sentía un agradable olor a pino, no necesariamente por los maderos sino por el ambientador que aplicó horas antes Carla. Paul estaba sentado frente al tablero, claramente mortificado por su situación de cómplice, por su necesidad de guardar el secreto porque se trataba de su mejor amigo y jamás consideraría abandonarlo. Nicolás se observaba en un espejo largo cerca a los estantes de libros, lo que veía no le agradaba, nunca estuvo conforme con su apariencia, de pequeño comía sin control y era sumamente obeso, le encantaba comer pastelillos de moras, crema de avellanas, tartaletas de fresas, patatas fritas, hamburguesas y ordenaba todo tipo de comida a domicilio, así comenzó su primera pasión, la gastronomía. En sus inicios se fascinó por la comida italiana, preparaba a diario pastas, sus favoritas eran: el ragú, boloñesa y putanesca; luego le sucedió la comida peruana, preparaba chupe de camarones, ceviche de pulpo, causa rellena de pulpa cangrejo; pasando también por la comida regional mesoamericana, española, francesa, libanesa, etcétera. Repentinamente, no

supo identificar si por las burlas de su hermana sobre su contextura o por la extraña desaparición de su padre, su interés por la gastronomía decayó, cambiándolo por el arte y la literatura. La figura que proyectaba el espejo ahora era pálida producto de días enteros encerrado en su gabinete y huesuda debido a su repentino aborrecimiento hacia la comida; de su torso sobresalían las costillas que convergían hacia su clavícula, marcas de su antigua obesidad, bigote ralo, ojos hundidos, cejas delicadas y nariz refinada.

—¿Ya está listo? —preguntó Paul, aun con un poco de vibración atípica en la voz.

Sentados frente a frente Nicolás llevaba las piezas blancas, hizo su primera jugada con un movimiento de peón, Paul respondió igualmente, el siguiente movimiento provoco una reacción:

—Un gambito de rey —dijo Paul para sí mismo, pero Nicolás pudo oírlo.

—Así es, sacrificar una pieza a cambio de una mejor posición, por el bien común, tal vez se debería considerar la muerte de Carla como un gambito.

—¡Por Dios Nicolás!, empezaba a olvidarlo concentrándome en la partida, que desagradable, iras directo al infierno y yo también por ayudarte — en la partida acepto el sacrificio.

—Supongo que aceptar el sacrificio es tu manera de preguntar sobre cómo lo haremos, me refiero a desaparecer el cuerpo, mañana temprano cuando todos salgan nuevamente, la meteremos en la bañera, desprenderemos la piel y carne de sus huesos (esos los conservaré por un tiempo más), la carne la cocinaremos y con ella alimentaremos a las mascotas de Claudia —es así como se refería a las bestias de setenta kilos cada uno, dos mastines napolitanos campeones de la raza más pura.

La partida de ajedrez siguió su rumbo con Nicolás atacando debido a la ventaja posicional otorgada por su sacrificio, el gesto de repulsión de Paul se tornó tranquilo, para finalmente transformarse en uno de preocupación tras quedar en una posición muy inferior en la partida. Nicolás se jactaba y no paraba de citar a escritores muertos para darle consejos, le decía que de haberse dedicado al ajedrez hubiera alcanzado el título gran maestro. Emocionado bajó las escaleras y trajo de la cocina una jarra con agua de pepino, le sirvió a su compañero y tras otro chascarrillo sobre su juego le comento que nunca había podido preparar un refresco semejante y que solo por ese motivo extrañaría a la pobre empleada.

Ambos amigos se mantuvieron absortos en la partida hasta que la puerta de

entrada crujió en la primera planta.

—Para ser tan bueno planeando y calculando en ajedrez, has cometido un error imperdonable dejando tus guantes de hule y tu camiseta ensangrentada en el lavadero —profirió Paul sonriendo, disfrutando su breve venganza.

Nicolás salió casi corriendo de la habitación y miro hacia abajo por la escalera, se trataba de su hermana. “Se adelantó”, pensó “debí imaginarlo”, alcanzó ver que Claudia se besaba con alguien al inicio de la escalera de caracol, luego empezaron a subir, decidió entrar nuevamente al gabinete y fingir que no la había visto.

—La suerte te ha salvado esta vez —empezó Paul—, será mejor que me esconda, no quiero que ella me vea.

—¿Suerte?, eso no existe estimado Paul, mi hermana cuando llega temprano de la academia es solo para deshonar mi hogar y la ausencia de mi padre trayendo a sujetos que no pertenecen a nuestro nivel social, y que hablar de lo cultural. Una parte de mi la entiende —subió el tono de voz a medida que Paul se escondía tras los estantes de libros—, todos cambiamos tras la ausencia de papá, mi madre cayó en la ludopatía, yo me sumergí en los libros de los más grandes pensadores y futurólogos de la historia, en apreciar el arte en todas sus formas. Si bien fue una adicción poco sana, no me arrepiento de lo aprendido, cada noche sin dormir trajo consigo un aprendizaje nuevo, pero mi hermana Claudia en cambio, decidió tener aventuras pasajeras, relaciones sexuales ocasionales con musculosos huecos. No me imagino que sería de la familia si llegara a preñarse de alguno de esos sujetos, así es Paul también me importa mucho el futuro de nuestro apellido... bueno parece que ya está cerca.

Fingió estar pensando profundamente, concentrado en el tablero. La imagen de su hermana apareció en la puerta sosteniendo el brazo de un sujeto que se le hizo imposible mirar puesto que debido a su gran estatura el marco lo cubría. Ella era muy parecida a él, cabello rubio, nariz y rasgos delicados, piel bronceada artificialmente, pero resultaba evidente que su test era blancuzca, tenía la mirada perdida influenciada definitivamente por el alcohol. Nicolás nunca pudo confirmar si también por drogas.

—¿Estás jugando ajedrez solo?, ¿eres un enfermo! —gritó Claudia desde la puerta, con dificultad para mantenerse estable.

—El ajedrez requiere de estudio, uno puede pasar horas pensando frente al tablero. Deberías intentarlo, me refiero a lo de pensar, porque para el ajedrez no tienes talento —empezó con voz tímida, parte de él le temía, pero su valor

fue en aumento, palabra a palabra—, para tu información no estoy jugando solo, estoy con Paul. ¿No deberías estar estudiando?

—Si estudio o no, eso a ti no te concierne, ¿jugando con Paul? —respondió resoplando y poniendo los ojos en blanco—, deberías de salir a tomar aire algún día hermanito, ahora es un buen momento. Si te quedas, que seguro lo harás porque estas trastornado, colócate los auriculares, no quiero que nos escuches.

Con un caminar errático su hermana se alejó llevando de la mano a su acompañante, una persona extremadamente alta y con una musculatura trabajada. A Nicolás le pareció vulgar su vestimenta, llevaba puesto: unos jeans “cortos” excesivamente largos, casi llegaban a tapar los tobillos, zapatillas blancas altas de basquetbol, gorra de béisbol y una camiseta anaranjada ceñida para resaltar sus músculos. Nicolás se preguntó si sería capaz de matar a un individuo como ese.

## II

Al anochecer, Nicolás había enmendado su error y acompañado por Paul guardo los guantes y escurrió su camiseta ensangrentada para luego esconderla en su habitación, le pidió que pasara la noche con él. Su madre ya había llegado, tocó su puerta y la de Claudia. El fingió dormir y su hermana probablemente estaba desmayada por el alcohol. A cabo de unas horas sucedió algo inesperado, golpearon repetidas veces la puerta principal, al principio nadie abrió, luego la madre fue a atender.

Nicolás espionando agudizo su oído y logro descubrir que era un hombre llamado Roberto, se presentó como el prometido de Carla, “no estaba tan sola en el mundo después de todo” le susurró Paul. El joven preocupado porque su novia no había llegado a casa. Su madre que era una mujer sumamente educada y distinguida le dijo al sujeto que ella debió partir hace horas, fuera de casa el destino de la muchacha no era su responsabilidad. Lejos de terminar allí, el hombre iracundo insistía para obtener más información, era cuestión de tiempo para que ella suba a su habitación e indagara sobre Carla.

El terror lo atravesó como un rayo, experimento pánico por tercera vez en el día. Los planes inconclusos se entretrejían en su cabeza sin control, incapaz de poder terminar la línea de pensamiento. Temió en las consecuencias, la prisión y el rechazo de su madre y padre. Muchas sensaciones menos remordimiento o arrepentimiento.

—¿Qué haremos Paul? —sus ojos brillaban producto de unas incipientes lágrimas.

—No lo sé Nicolás —tenía las manos cubriendo su rostro, frotándolo como si así pudiera despertar de aquella pesadilla—, ¡te lo dije!, nos descubrirán, no hay crimen que no sea descubierto, no hay asesino que pueda escapar a la justicia.

—No ayudas en absoluto

—¡Tenemos que entregarnos!, es la única solución así estaremos tranquilos, no nos comerá por dentro la conciencia.

— Silencio —poniendo el índice en los labios—, apaga la luz y escóndete, mamá está subiendo.

Salió al pasillo a conversar con su madre y cerró la puerta detrás de él, sin dejarle ver la penumbra de su habitación.

—Tenemos que dormir bien Paul, tráeme unas píldoras, mañana fugamos antes del amanecer —le ordenó con una renovada confianza.

Había llegado la hora indicada, su reloj marcaba las tres de la mañana, ninguno de los dos pudo conciliar el sueño. Nicolás abrió la ventana consiente que esta pudiera ser la última vez que mirase las calles de San Martín, la oscuridad era la dueña de la avenida, la neblina había descendido y opacaba el alumbrado público, “perfecto” pensó. Un aire helado ingreso de golpe a la habitación y encontró la manera de penetrar su abrigo y estremecerlo de frío.

—¿Por fin me contarás que le dijiste a tu madre?

—Sí, claro —respondió vagamente Nicolás—, pero antes ayúdame con el cuerpo, lo envolveremos con mi ropa porque está empezando a apestar.

Ignorando la horrorizada cara de Paul después de su proposición, abrió el armario. Un olor a carne descomponiéndose se instaló en el interior de su nariz. Prosiguió:

—Le dije exactamente lo que tenía planeado desde el inicio, claro, antes de que salieran terriblemente las cosas, cambia esa cara por favor y ayúdame a envolver las piernas. Le dije que me sentía solo e intente aprovecharme de ella, como respuesta recibí una bofetada y acto seguido se fue.

—¿Qué dices? —repitió la frase en un tono más bajo al darse cuenta de su exabrupto—, ¿Por qué decir tal cosa?

—Dolor y placer querido Paul, lo que mueve a las personas y al mundo. Contarle a mi madre un detalle tan bochornoso le causó mucho dolor, el suficiente para hacer que me proteja frente a otras personas y para que intente olvidar lo sucedido. Y el placer que le ocasiona el mantenerse tal como está, una familia de respeto y sin escándalos, ¿te imaginas si sus amigas se enteran que su hijo intento seducir a la servidumbre?, nunca llamara a Carla por los mismos motivos, conseguirá una nueva empleada e inventara algo para tranquilizar al pobre Roberto. Está todo listo, solos nos falta dinero, desde que mamá se volvió ludópata carga miles en el bolso, vamos que se hace de día y la neblina se desvanece.

—¡Nicolás detente!, ¿Qué piensas hacer con esas tijeras? —dijo horrorizado al ver que Nicolás jugueteaba con una afilada tijera, dándole vueltas en el dedo índice.

—Calma —respondió, con una sonrisa de lado que hubiera aterrorizado a cualquiera—, es solo por prevención, esperemos que mamá no se despierte.

A pesar de la insistencia de Paul, Nicolás seguía portando la tijera, la habitación de su madre estaba entre-abierta y con la luz encendida. Se puso la tijera tras la espalda y empujó poco a poco, luego abrió toda la puerta al percatarse que ella dormía boca abajo. Era una habitación muy espaciosa, se había instalado un pequeño bar y una vinera, lo cual explicaba el hedor a vino que emitía su madre, se preguntó desde cuando empezó a beber. Buscó en la habitación sin preocupaciones, porque en ella ya había suficiente ruido, ella se había quedado dormida escuchando música, Nicolás reconoció la pieza al instante, los planetas de Gustav Holst, dijo para sí mismo.

Dio por fin con el bolso a cabo de un rato y había mucho más dinero del que suponía, “seguro le fue muy bien en el casino” pensó. Salieron de la habitación y bajaron a la primera planta con su mochila, abrieron y cerraron la puerta principal con sumo cuidado. En la acera, se sentaron esperando que el vigilante abandone su puesto y diera su ronda, cuando sucedió abandonaron San Martín. Las ventanas parecían ojos húmedos y brillantes que los seguían a donde sea que caminasen. Tal como había ordenado Nicolás, caminaron en dirección al norte por si las cámaras los captaban y luego tomaron el desvío Ramírez, para luego enrumbarse hacia muelle de Pucusana.

Todo esto les tomó varias horas, cuando consultó su reloj eran las seis y treinta de la mañana, le comentó a Paul que conocía una cafetería cerca al muelle, la cual visitó con su padre cuando él lo obligaba a acompañarlo a pescar.

La cafetería no tenía ninguna característica especial, a Nicolás le incomodó el escuchar música popular, pidió un café expreso para él y un Té de hibiscus para Paul. La camarera se extrañó con el pedido y luego tomó nota de la orden, Nicolás añadió unas galletas al pedido exigiendo que sean del día. Le trajeron café instantáneo y una infusión de manzanilla para reemplazar el pedido que la modesta cafetería no pudo satisfacer.

—¿Cómo puedes estar tranquilo después de lo que ha pasado? —dijo Paul luego de un rato.

—¿Eso parece?, quiere decir que lo estoy disimulando muy bien, durante el camino no paraba de pensar en la probabilidad de que cuando se nos termine el dinero recién encuentren el cadáver, ¿sabes?, creo que fue precipitado escapar de casa tan pronto, pasaran unos días antes de que

sospechen, por temporadas paso días sin hablar con mama y Claudia roba su dinero con frecuencia, siempre tendré esa duda —dijo suspirando—, la incertidumbre de saber si esta decisión nos condenara. Pudimos alimentar a los perros con la carne y los huesos recudirlos a cenizas, sí, ese hubiera sido un brillante plan, hubiera preparado un estofado con esa carne, quien sabe si tú pudieras resistirte a probar siquiera un bocado.

Guardo silencio, la camarera se acercaba con los pedidos. Colocó las tazas de forma desordenada y las galletas en el centro, se le notaba nerviosa, como si tuviera miedo.

—¿Por qué me mirara así esa muchacha?

—Es porque llevas la palabra “asesino” tatuada en la frente —respondió Paul con astucia—, te quiero pedir por favor que dejes hablar así de Carla, ni estando muerta dejas de hablar de ella de esa manera tan desagradable, ¡no!, déjame terminar Nicolás, tampoco comería carne humana. Ni que estuviera loco.

—Lo entiendo Paul, pero tal vez moliendo sus huesos e integrándolas en una masa de galletas cautivaría a más de uno, está bien —otra vez usando esa sonrisa terrorífica—, ya no hablare de eso, pero vamos, debe estar feliz con su dios, en algún lugar del cielo, ¡sí!, tal vez en este momento me esté mirando, dándome las gracias...

—¡Blasfemias!, no olvides que yo también creo en ese dios Nicolás, sé que recientemente es cierto, pero mi fe estaba creciendo, hasta ahora que me convertí en tu cómplice.

—¿Tú también Paul? —puso los ojos en blanco y resopló—, pensé que eras un intelectual como yo, solo creo en lo que puedo tocar, ver o sentir, como el arte, eso sí alimenta el alma Paul, ¿para qué creer en dios?

—Porque tengo la esperanza de que realmente exista Nicolás.

—Eso es absurdo, no se debería pensar en una vida futura, lo único que ocasiona es crear falsas esperanzas y malgastar la vida que ya tenemos.

—No le temo a la muerte, tengo la esperanza de que exista porque quiero encontrarme con tu papá en el cielo.

—Deja de decir eso, papá no está muerto, seguro se aburrió de mamá y decidió recorrer el mundo por su cuenta.

—Todos nos miran Nicolás, debemos dejar esta conversación para otro momento.

Un hombre corpulento se les acercó y le dijo a Nicolás que debía retirarse,

al exigir una explicación este lo saco a rastras, sin pedirle pagar su cuenta, solo lo hecho a la calle.

Nicolás le dijo a Paul que era momento de ir a visitar a la muchacha de aquella tienda del muelle, que había quedado perdidamente enamorada de él, no se negaría a guardarlos en secreto y a cambio de un poco de dinero les conseguiría alimento por semanas.

### III

Con los pies colgando del muelle, tomados de la mano en algún momento del anochecer, la luz artificial era inexistente y a la vez innecesaria, la luna se encargaba de cubrir todo con un manto de plata, miraban hacia el horizonte, la brisa marina les acariciaba la cara, el reflejo de la luna en las olas y los barcos anclados matizaban el paisaje convirtiéndolo en mágico.

—Sé que no me contarás porque decidiste huir de tu casa Nicolás — empezó Clara dedicándole una sonrisa, tenía el cabello castaño envuelto en una cola—, sabes que me agrada mucho tu compañía y siento que siempre aprendo algo nuevo contigo, pero ¿no deberías avisar que estas sano y salvo?

—Querida Clara, no arruinemos este momento hablando de mi familia y de lo que me alejó de ellos, yo también disfruto mucho de tu compañía, lo cual es extraño, no me llevo bien con casi nadie. Me has enseñado también cosas prácticas, como sentarse aquí a ver como se mueve el mundo, en momentos así no hay prisas, pareciera que el tiempo no avanza. Me encantaría que Paul estuviera aquí para compartirlo con nosotros; entiendo, discúlpame, sé que no te agrada Paul, pero pienso que si ustedes compartieran un poco, se llevarían estupendamente.

—¡No Nicolás, no lo llares! —le suplicó Clara, su rostro delataba preocupación—, bien sabes que no es de mi agrado y tampoco debería agradarte a ti, te hace daño hablar con él Nicolás por favor cuando hablas con él te pones... distinto.

Nicolás le soltó la mano, acarició su hombro para luego rodearla en un abrazo, ambos se unieron en un tierno beso y recitó:

—Que no se acabe este momento, me remonto en el tiempo viviendo de temores y visiones inciertas. En el pasado me alimentaba del arte y las teorías del universo, ahora me alimento de la fragancia de tu aliento y el brillo de tus ojos. Quiero siempre tocar tus labios, besarte el alma, abrazar tu espíritu, como la luz del sol abraza a las rocas calentándolas. Quiero transmitir así mi amor a ti. ¡Que no se acabe este momento Clara!

Los días que había pasado con Clara en el muelle le habían hecho cambiar de parecer, ella le enseñaba mucho más de lo que su pobre educación le

permitía entender, aprendió el valor de los momentos, el pasear comiendo un helado, manejar bicicleta por las mañanas, hasta ayudarle en su pequeña tienda era sinónimo de gozo, él había aportado ideas para mejorar su negocio, ella le escuchaba con atención, aunque según su punto de vista —más bien el de Paul—, era una muchacha propensa a la mediocridad. Sin embargo había encontrado lo que le había sido esquivo toda su vida, un propósito; no hacía más que pensar en los días, semanas y meses siguientes, en todas sus visiones estaba acompañado de Clara.

Esa noche Nicolás le había cocinado comida japonesa y había conseguido de oferta una botella de malbec, ambos estuvieron besándose en el pasadizo hasta que se les adormecieron los labios.

—Mi Clara, te admiro mucho, eres la única razón para estar feliz desde que tuve que abandonar mi hogar, junto con las comodidades de San Martín, siento que te voy a amar hasta que el mar decida detenerse. En ocasiones cuando venía con papá, el observar el vaivén de las olas era un fenómeno monótono y aburrido pero desde que estamos juntos el mar hace su mejor esfuerzo por mostrar su alegría, regalándonos olas hermosas; sí, estoy seguro de ello, lo que internamente sentimos solo es capaz de provocar las emociones más buenas.

—¡Oh querido!, cuando me hablas, solo emanan de tu boca palabras preciosas y me has enseñado a sentir el amor y expresarlo con las frases adecuadas. Ahora con la suficiente confianza, quiero que me cuentes, porque te fuiste de casa, acabas de decir que fuiste obligado. Cuéntamelo Amor.

—Clara es algo muy difícil —le respondió Nicolás—, he cometido una acción que me obligo a abandonar todo lo que ahora sé que quería: mi cocina, mi colección de vinilos, mi biblioteca. Sé que en caso de existir un ser supremo, él actuaría de manera misteriosa, por eso me ha quitado el confort de mi hogar, para entregarme a cambio la intensidad de tu amor. Será mejor que me retire, hasta mañana querida.

No le concedió el derecho a repica, le dio un último beso breve y partió hacia su provisional habitación. En ella Nicolás dio vueltas sobre la cama, analizando sus pasadas decisiones sin poder encontrar el sueño.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo, sabiendo que tu nombre ya está en los periódicos?, tienes suerte que esa chica vulgar no acostumbre leerlos.

—¿Cómo entraste?, bueno no importa, no te permitiré que hables así de ella. Lo de los periódicos me tiene sin cuidado Paul, nadie me buscaría en un

lugar como este y llegado el momento le contaré mi terrible crimen a Clara, no sé cómo lo tome al principio, pero sé que luego me apoyará. Le propondré fugarnos...

—Muy buen plan Nicolás —cortó Paul con sarcasmo—, estamos juntos en esto, no lo olvides, si yo me hundo te halaré conmigo al cieno; además a donde vayas la justicia te seguirá, aunque debo admitir que en este muelle no llega nada.

—Mi estimado, lamento que ella no te haya admitido en su casa, es que tampoco tenemos mucho espacio aquí, pronto todo cambiara para mejor...

Se escuchó un traquido en el pasadizo. Aunque no podía ver Nicolás supo de inmediato que se trataba de Clara espiándolos. El corrió para alcanzarla pero, fue inútil, ella llegó antes a su habitación, cerró y se escuchó el clic del cerrojo.

—Déjame explicarte Clara, abre la puerta por favor —golpeando la puerta con ambas manos, Nicolás evidenciaba su desesperación— tienes que oírme, abre ¡te lo ruego!

—No puedo Nicolás —sus sollozos atravesaban la delgada madera de la puerta—, ya no me lo puedes ocultar más, necesito que me cuentes porque te fugaste de tu casa, ya te escuche comentar que fue un crimen ¿de qué se trata, le robaste a tus padres no es cierto?, es por eso que tienes tanto dinero en esa mochila.

—Ojalá se tratara de un delito tan simple, he cometido un hecho terrible y no supe la envergadura del problema hasta que te conocí a fondo — se apoyó sobre la puerta y sus emociones contenidas explotaron—, no puedo dormir bien, la culpa me come por dentro, solo me siento bien cuando estoy contigo, pero cuando no estoy a tu lado siento una opresión en el pecho que no se alivia con nada. Abre la puerta por favor, te contaré todo, estoy buscando la redención.

Clara abrió la puerta, y encontró a un Nicolás derrotado, temblando en el piso con la cara oculta en la palma de sus manos, ella le tendió la mano para ayudarlo a incorporarse, le seco las lágrimas con los pulgares y le sostuvo el rostro. Con voz firme le exigió confesar. Los ataques nerviosos volvieron a Nicolás y tartamudeando confesó su pecado:

—¡Mis manos están cubiertas de sangre!, maté a un persona Clara, a una mujer indefensa que no tenía culpa de nada, ¡he matado!. Que peso he descargado de mi espalda al declararte el homicidio, sé que te causa horror, lo

noto en tu rostro, pero sé que te ayudara saber que me has auxiliado en el proceso de encontrar el perdón divino. Estoy profundamente arrepentido Clara, he vivido en estas semanas momentos desgarradores, he perdido la cuenta de los días que tengo sin dormir. Contigo todo es distinto —le dijo entre lágrimas, mirando fijamente a los ojos—, tu desaceleras mi latidos frenéticos producto del miedo, contigo descanso en unos minutos más que toda la noche en mi cama. Clara, querida Clara, sé que me perdonaras, debes hacerlo, el abandonarme sería peor que la propia muerte, ¡te necesito!, tú has cambiado mi forma de pensar. Ahora todo luce más claro, sé que no debí hacerlo, lo único bueno es que me llevó a conocerte a fondo, pude haber actuado diferente pero, ¿qué es el bien o el mal sino un punto de vista?

Las delicadas manos que acariciaban su rostro, al escuchar la historia adquirieron un enorme peso, cayeron golpeando sus propios muslos. Con una determinación que Nicolás no conocía, ella le pidió que la dejara sola, él no pudo refutar y abandonó el pasillo.

—No sé qué hacer Paul, sí, lo sé, ella sería incapaz de delatarme, hace unas semanas no hubiera dudado en asesinarla y tomar su negocio como mío. ¡No puedo Paul!, soy dependiente de ella, su sonrisa me calma, sus ojos, el brillo de esos ojos sinceros me hacen creer en que tengo futuro, el olor a maracuyá que emana su cabello al estar en contacto con el viento hace que olvide el terrible crimen. Estoy enamorado Paul, y ahora siento que la puedo perder, me aterra pensar que mañana pueda echarme de su casa, y peor aún, de su corazón. ¡No te burles de mí!, sé que son cursilerías pero así es como me siento, no sé qué hago hablando contigo si eso la enfadará aún más, pero es que sin ella, solo me quedarías tú.

—¡Vaya consuelo Nicolás!, sé que estas profundamente enamorado, y aunque esa muchacha no está a tu nivel, yo siempre estaré de tu lado, si hay algo además de amar que ayude a olvidar los problemas es el licor, he visto algunas cantinas en el muelle, deberíamos ir.

Nicolás accedió y volvió de madrugada muy ebrio, tambaleándose luego a su habitación cayendo desmayado en su cama. Tenía razón Paul, había olvidado sus problemas.

## IV

En la mañana siguiente se levantó al mediodía, aún con sueño y dolor de cabeza se levantó a buscar a Clara, como lo supuso, ella ya había salido a trabajar. Sin siquiera lavarse la cara, salió para buscarla. No caminó más de dos cuadras hasta que en una esquina desolada sintió que lo atacaron por la espalda. “Mi querida Clara me traicionó” pensó al ver el musculoso cuerpo de James —el novio de su hermana— sujetándole los brazos detrás de su espalda, vio además a Claudia y Roberto. Luchó frenéticamente por liberarse y con una fuerza demencial, lo consiguió. Eludió a Roberto y empujó a Claudia, ella cayó en la acera y él empezó a correr a una gran velocidad, extraña para él. Antes de doblar a la derecha, volteo a mirar que tan cerca estaban los perseguidores, ellos planificaban y hacían gestos para separarse. Consideró eso una ventaja y reanudo la carrera zigzagueando entre los puestos de comida y venta de ropa, paso por el mercado y llegó hasta el túnel que desembocaba en la playa sin detenerse. El pecho parecía que le iba a estallar.

Jadeando miró desesperadamente alrededor, nadie lo seguía así que decidió regresar a la casa —una parte de él quería pensar que Clara no lo había delatado—, tomaría el dinero para luego dirigirse a la tienda de su amada y ofrecerle fugarse. Antes fue a la playa y se sumergió en el mar, el agua helada lo vigorizó, pensó por un momento contratar a un pescador y que lo lleve lejos. Tenía el dinero para eso, pero para nada más, además la vida sin Clara no sería la misma. Esto reafirmó su decisión, se lamia los labios, giraba el cuello en todas direcciones, los ojos revoloteaban queriendo salirse de las orbitas; la gente lo miraba extrañada. El pavor se había apoderado de él, a cada pocos pasos giraba intempestivamente para ver si alguien lo perseguía.

No paso mucho tiempo, para saber que esa sería su nueva vida, sus nuevos enemigos habían hallado la primera pista, suficiente para seguir el rastro, ellos indagarían y lo perseguirían de pueblo en pueblo y viviría atemorizado de por vida. “No me atraparan sin antes hablar con Clara”. Corrió nuevamente sin detenerse, cada esquina volteaba a ver si lo observaban, tomó un camino largo y serpenteante de camino a casa, sus músculos estaban completamente tensos,

cada zancada parecía que fuera la última. Tomó un último desvío, subió una cerca, corrió a través de un jardín y un perro empezó a correr detrás de él. Brincó por una ventana abierta a una habitación vacía —la habitación de Paul—, “este maldito me ha vendido”, la furia invadió cada milímetro de su ser, lanzó un grito de frustración que aterrorizó al perro que le andaba siguiendo, salió por la misma ventana que entró y siguió su rumbo.

Rechinando los dientes, los músculos tensos por el cansancio y la rabia ocasionada por la traición, convirtieron su cuerpo tembloroso y lleno de movilidad en uno de pasos torpes y músculos contraídos. Empezó su marcha como si se tratase de un robot falto de aceite, con los ojos inyectados en sangre. Su hermana frente a la Casa de Clara. Siguió su trayecto sin percatarse de su presencia, Claudia petrificada al ver la irritación emanando de los poros de su hermano.

Entró a grandes zancadas y con los puños apretados, tomó la mochila llena de dinero y salió presuroso. Su hermana ya no estaba fuera, dio unos pasos más adelante y lo alertó un sonido. No sintió dolor pero le habían impactado en la cabeza, se desvaneció y lo último que vio fue a su amada Clara sosteniendo un bate de béisbol.

Sentado con esposas puestas, delante de él una mesa con forro metálico, y más adelante un señor de bigote poblado y traje.

—Señor Nicolás Terrones, la señora Esperanza quiere hablar con usted —le dijo el abogado.

Abrió la puerta y dos guardias la traían, ella también con esposas.

—Madre — con un gesto de auténtica sorpresa.

—¿Por qué Nicolás, en que me equivoque contigo?

—¿Por qué te arrestaron?

—Por encubrirte hijo, el inmenso amor que te tengo me cegó, no supe hasta varios días después, que asesinaste a la pobre empleada, quería esconder el cuerpo, pero los vecinos ya habían alertado a la policía por el hedor. ¡no pude hacer nada!, luego llegó la policía, indagando y explorando en la casa descubrieron el cuerpo de tu padre en el jardín, ¡sabía que lo volverías a hacer!, jamás debí encubrirte cuando asesinaste a tu padre —el rostro de Nicolás palideció, claramente había enterrado ese recuerdo—, es lo mejor Nicolás, tarde o temprano hubieras seguido asesinando. Hoy me juzgarán y me enviarán a la cárcel —dijo sorbiéndose los mocos—, solo quiero pedirte que

te arrepientas, que dios se apiade de tu alma hijo.

Diciendo esto, abandonó la habitación. En la puerta la interceptó el abogado, comentó que su hijo quería negociar con la justicia, reducir su condena a cambio de entregar a su cómplice. A lo que la madre contestó:

—¿Paul?, no existe señor, es un ser imaginario que inventó mi hijo para mitigar su soledad.

# BIFURCADO

ERNESTO

Cada quien está en su habitación, aunque queremos salir a conocer el pueblo, una lluvia torrencial nos lo impide. Han pasado tres horas desde que llegamos a pampa de fuego y solo pudimos conversar con la directora, la profesora Esmeralda, y luego, Ramiro y yo vinimos a resguardarnos del aguacero.

Tan poca era la información de este remoto pueblo en internet como el conocimiento de esas personas sobre el internet, en mi habitación el material predominante eran barro y paja, piso de tierra compactada y techo de madera a su vez cubierto de calamina, lo único interesante de mi descuidada habitación era que tenía una ventana con vista a la calle, lo primero que hice fue abrir sus pequeñas puertas de madera apolillada y temí por un momento romperlas y pasar frío la noche entera, el riesgo valió la pena. La furia de la lluvia caía sobre las casas, rocas y asfalto, limpiándolas mientras se movía alrededor de ellas sin que nadie pudiera detener su curso, me sentí vulnerable e insignificante ante su magnificencia. Ramiro entró sin llamar a la puerta.

—¿Tienes algo para comer?

—Tengo conservas de atún y galletas en aquella maleta —le dije sin prestar atención, estaba muy concentrado en el exterior—, ¿has visto lo interesante de esta cultura?

—Si te refieres a la idea bizarra de construir una pseudo-ciudad respetando la ubicación de unas rocas gigantescas, ¡no!, no me resulta interesante en absoluto —y no dijo más, se limitó a engullir galletas y comer atún directo de la lata.

Para mí era fascinante, ¿qué ideología se esconderá tras esa costumbre tan poco práctica?, es como si hubieran construido una ciudad en un solo día y antes de que solidifique el cemento un fenómeno sobrenatural diera origen a una lluvia de rocas y estas no fueron removidas hasta la fecha. Cayó la noche, la lluvia ya ha cesado y en el pueblo parece no haber actividad alguna, así que

decido acostarme, no he preparado mi clase, pero asumo que no serán tan exigentes. Conciliar el sueño fue difícil, empecé a oír cascacos de caballos, ruidos provocados por insectos, perros peleando y aullando. Debo reconocer que en parte estaba aterrado, por un momento imagine lo difícil que sería pasar la noche afuera en el campo, otra parte de mí sabía que esta experiencia, aunque tuviera fecha de caducidad la añoraría con el transcurrir del tiempo.

El amanecer fue increíble, al abrir la ventana los rayos del sol cubrieron toda mi habitación, escuche a gorriones cantar, mariposas anaranjadas perderse de vista con su volar errático, florecillas de color rojo intenso como la sangre y un amarillo tan alegre que reflejaban esperanza. Escolares corriendo y riendo, persiguiendo un avión de papel me sacaron del estupor, era hora de marcharme. A Ramiro lo encontré en la plaza principal, conversaba con un hombre en sus cuarenta de cabello rizado y mirada perdida, tal vez producto de su estado de ebriedad. Mi compañero se había adelantado y había hecho averiguaciones sobre pampa de fuego:

—Ese señor —hizo una pausa intentando recordar su nombre—, bueno el ebrio del pueblo...

—Dionisio

—Claro, él, me contó un poco sobre la historia de este lugar, y si tenías razón, es fascinante como pueden vivir tan aislados y padeciendo una ignorancia crónica, pues se niegan a aceptar hechos irrefutables.

—¿Cómo cuáles? —ya se había ganado mi atención.

—Pues resulta por increíble que parezca que el Dios de estas personas son el sol y la tierra. Si ya las religiones populares son nefastas, imagínate una tan inverosímil como esta.

—Me parece interesante Ramiro, tal cual los incas...

—Exacto —me interrumpió—, supongo que tiene un interés cultural, pero Ernesto ¿no crees que está mal criar niños en la ignorancia?, opino que es un grave error condenarlos a esta ideología, este lugar no ha tenido influencia española, lo cual es excelente, me narró el ebrio que cuando llegaron las huestes (según la leyenda), estas rocas se transformaron en guerreros y guerreras, actuando como guardianes del pueblo, por eso han respetado su ubicación. Se rehúsan además a casi toda la influencia extranjera pero, no han podido esquivar a la migración local (como tú y yo); y es allí amigo que llegamos justo en el momento álgido de la historia, hay un grupo de cristianos en el pueblo que están construyendo una iglesia, allí —señaló con el dedo la

esquina norte de la plaza principal—, creen que cuando finalicen la obra, las rocas volverán y se cobrarán con la vida de quienes intentan profanar su tierra; menuda tontería por supuesto, pero se armará una gresca pronto y resultará interesante ser testigo de ella.

No respondí más, me encanta la ficción y es buen material para una novela contar como piedras pueden convertirse en guardianes. Cuando llegué al aula, tomé nota de la historia. Solo tenía cinco alumnos a mi cargo, uno más que Ramiro. Pasé media hora conociendo a los niños y luego practicando lo que yo considero indispensable —la lectura—, leímos por turnos el cuento clásico de la zorra y las uvas solo para comprobar su falta de fluidez al leer. Luego conversamos sobre el cuento, su comprensión lectora era tan deficiente como su habilidad lectora, los niños estaban visiblemente desaseados, desnutridos y cansados de caminar hasta la escuela, era evidente que su principal preocupación no era el estudio y venían prácticamente por obligación.

Al cabo de un rato, los dejé descansar un poco mientras hundía la cara entre mis manos. Iba a ser un año complicado, ¿Cómo podría lograr mejoras en los niños? notoriamente tenía que motivarlos utilizando materiales coloridos y diversas técnicas didácticas, pero estos pobres chicos tienen problemas de otra índole, en los que lamentablemente no podré actuar. Quince minutos después hicieron sonar una campana que indicaba el receso, los niños se pararon de inmediato y con una sonrisa salieron brincando hacia el área de juego, yo me quedé pensando en lo desafortunados que eran.

Cambie mi parecer al llegar a la conclusión de que no resolvería nada sentado en mi escritorio y fui a tomar aire fresco, me quedé parado en la puerta de mi aula puesto que vi a Ramiro junto a la directora Esmeralda y otros profesores fumando cigarrillos al otro lado del patio, un vicio que pretendía dejar.

—Pienso que fumar además de afectar su salud, es un pésimo ejemplo para los niños, ¡qué bueno que usted no fuma profesor!

Fue entonces que mis preocupaciones se desvanecieron, esa voz tan dulce como la miel de caña me resultó reconfortante, me hizo pensar que podría encontrar solución a mis problemas, que con paciencia los niños mejorarían académicamente y yo me adaptaría a este pueblo, no necesitaba voltear a ver a la emisora para saber que se trataba de una mujer preciosa, de todos modos lo hice para entablar conversación.

—Lo siento, no me presenté, soy Isabella y enseño en educación inicial,

tengo cinco años viviendo aquí, imagino lo duro que debe ser adaptarse para usted que recién llegado.

No me equivoqué, era hermosa, su cabello ondulado parecía estar cubierto de fina cera pues brillaba ante los rayos del sol, o el sol se intensificaba al tener contacto con él, tenía la apariencia de ser muy suave y me pregunte que fragancia tendría, sus labios rojos dibujaban una amplia sonrisa, las flores que vi aquella mañana parecían pálidas en contraste, alrededor se dibujaba una fina línea que separaba a sus ruborizadas mejillas, su cuello era largo y delgado como el de un cisne, sus pechos se veían firmes y redondos, temí que se percatara así que volví a su rostro, sus pestañas largas cuidaban dos hermosas joyas en forma de ojos que me miraban con un semblante apacible, incapaz de herir a alguien.

Las semanas siguientes en pampa de fuego fueron cada vez mejor, logré conseguir alimentos para que los niños desayunen y almuercen dentro de la escuela y persuadí a las madres para que los cocinaran, no solo eso, sino que tenía oportunidad de ver a Isabella más tiempo durante las comidas, mi relación con ella también había prosperado, me gané su confianza muy rápido y reíamos por cualquier cosa cada vez que nos frecuentábamos. No había dado un paso más debido a mi timidez y a que ella había enviudado hace aproximadamente medio año. De Ramiro cada vez sabia menos, él estaba más compenetrado con los pobladores.

Coincidimos en el improvisado comedor como era de esperarse Isabella y yo, pero esta vez se nos unió Ramiro.

—Terminarán la iglesia en una semana, los obreros están trabajando de noche, puesto que de día los pobladores no para de acosarlos—comenzó Ramiro.

—Sí, el ruido de la maquinaria llega hasta mi habitación —le dije—, espero que terminen pronto para dormir con tranquilidad.

—Espero que no suceda o sino las piedras cobraran vida y nos asesinaran —respondió con sarcasmo. Uno de sus niños se le acerco acusando a otro compañero de arrojarles maíces mientras comía, el respondió “arréglatelas por algo eres el más grande”, el niño dudo y se retiró.

— No deberías burlarte de las costumbres de estas personas que nos acogen en su pueblo y nos confían la formación de sus hijos, lógicamente tampoco creo en sus dioses... ¿Qué opinas Isabella? —le pregunte con una autentica curiosidad, no había tocado ese tema con ella, todas nuestras

conversaciones siempre habían terminado en mi recitándole halagos.

Antes de que conteste se acercó el otro estudiante de Ramiro a reclamarle que el niño más grande le había pegado, él contestó “ingéniateles por algo eres más inteligente que él”, el niño dudó un instante y se fue, probablemente a planificar su venganza.

—¿Siempre eres tan cruel? —preguntó Isabella haciendo un intento fallido porque su mirada resulte amenazante, sin querer escuchar una respuesta se giró hacia mí dándole la espalda—, en los años que llevo aquí he aprendido a respetar a sus deidades líticas y amor por la naturaleza.

Ramiro puso los ojos en blanco y haciendo un gesto despectivo, se fue a otra mesa y se puso a observar a sus dos alumnos con fascinación, el más pequeño al parecer había encontrado la forma de hacer escarnio a su compañero más grande y se burlaba junto a otros niños.

Después de la intervención de mi colega, me costó trabajo retomar una conversación fluida con Isabella, el silencio se tornaba cada vez más incómodo. Un campesino entró al comedor y hablo con Ramiro, este se horrorizo.

—Han intentado asesinar al gobernador mientras supervisaba los avances de la obra —nos dijo, luego dialogó con la directora Esmeralda, con un sospechoso exceso de confianza y se retiró.

No soy un entrometido como Ramiro, mi deber esta con los niños y mis avances son ya notables, esa mañana estudiamos fracciones, la lección resultó formidable, mis alumnos fueron muy participativos y me exigían más ejercicios para luego mostrarme con una sonrisa enorme la solución a los problemas matemáticos, hasta que sonó la campana. Era hora de ver a Isabella.

El tiempo era malo, el cielo estaba nublado, aun así decidimos sentarlos al lado de nuestros niños para verlos jugar, ella sustrajo de un cesto unas tartaletas de limón decorada con trocitos de fresa, roce sus dedos cuando ella me entrego una, tenía ganas de decirle lo hermosa que estaba esa mañana, decirle que brillaba tanto su presencia y si pudieran caminar las flores danzarían en torno a ella, que sus dedos eran tan suaves como la piel del durazno, que sus ojos (sobre todo hoy) estaban más hermosos que nunca, pero paradójicamente su belleza secaba mi garganta y me impedía articular las frases que deseaba y en su lugar me limitaba a mirarla, pero si las miradas hablaran, ella caería rendida en mis brazos.

## RAMIRO

El gobernador ha vuelto y aunque se le ve profundamente deprimido —por supuesto cualquiera lo estaría después de que le amputaran un miembro—, se sentó en su despacho y ordenó que detuvieran la obra, me habían invitado a participar de la reunión pues era ya de la confianza de Leopoldo, nadie se atrevió a refutarlo ni siquiera acotaron cuando dictamino demoler la inconclusa iglesia.

Me llamo profundamente la atención, la reacción del gobernador Leopoldo ante esta adversidad, hubiera apostado que ordenaría concluir la iglesia cuanto antes y averiguar quien organizó el ataque, parece que me equivoque con él, quiere congradar con estas personas que lo convirtieron en invalido. Después de todo, el desenlace fue abrupto y mucho menos interesante de lo que pensé. Coloco el muñón sobre la mesa y todos entendimos que finalizó la reunión.

Las noticias aquí corrían impresionantemente rápido para no contar con teléfonos, ya tendré tiempo de averiguar quién teje esa telaraña de información, ahora investigaré sobre el atacante de Leopoldo, se ha debido tratar de un grupo grande, y la cabeza tiene un retorcido sentido del humor, pues lanzó una roca —de la misma dimensión de las que abundan en el pueblo— desde donde se ubicaría el futuro vitral, un crimen de mucha precisión y ciertamente con muchos cómplices, alguien debió ver a las personas que la transportaban. Ahora que lo pienso mejor, tal vez Leopoldo no piense que se trate de una persona, sino de un ser omnipotente que decidió castigarlo, menuda tontería, pero comprensible para alguien que ha pasado la mayor parte de su vida aquí.

Al transcurrir los días, no he podido avanzar como era previsto en mis investigaciones, pero me niego a creer que esa roca simplemente cayó porque el gobernador fue el artífice de esa obra, los pobladores no me llegan a contar nada útil, si bien tengo habilidad para ganarme la confianza de las personas con un cierto grado de instrucción, los oriundos son muy intuitivos, las adulaciones no funcionan y detectan rápidamente que quiero conseguir algo de ellos. He pedido a Ernesto que me ayude, la gente confía en él, pero esta cegado por el deseo de llevar a la cama a esa profesora, es increíble cómo no

ha intentado nada aún si se nota que ambos se desean.

Sospecho de Dionisio, la junta de campesinos y de Marcelino; Pienso que Dionisio es el menos probable, si bien es principal opositor del gobernador, pasa la mitad del día bebiendo y he conversado con él estando ebrio, es de las personas que no pueden guardar un secreto. La junta de campesinos son mi principal sospechoso, pues cuentan con las personas para cargar la pesada roca, odian a los católicos que están en su tierra y aborrecieron siempre la idea de la construcción de la iglesia. Marcelino es un campesino en el cual he influido mucho, es un líder de opinión en pampa de fuego porque tiene el mayor número de cabezas de ganado y es dueño del campo con más hectáreas, el ganaría mucho poniendo al pueblo de su lado, la gran pregunta es ¿de qué le sirve impedir la construcción de la iglesia si no puede presumir de eso a sus futuros votantes? ninguno me convence demasiado, pero estoy seguro que dentro de estos está el culpable, debo convencer a Ernesto, sin él no poder concluir la investigación.

Lo encontré temprano en el comedor.

—¡Qué bueno! estas solo, necesito hablar contigo, tienes que ayudarme a averiguar quién intentó asesinar al gobernador.

—No lo haré —respondió automáticamente—, deberías dedicar más tiempo a enseñar a tus alumnos Ramiro, ¡para eso te pagan!

—Sé que los he descuidado un poco, pero ya conoces mi fascinación por las relaciones humanas, quiero encontrar al culpable y descubrir las razones tras su accionar, te prometo que una vez terminada mi labor dedicaré mucho más tiempo a la enseñanza, tienes que ayudarme, te lo pido como amigo.

Se negó mucho más alegando que estaba construyendo una relación con Isabella y demás cursilerías, yo sé que lo único que él quiere es acostarse con ella, lo conozco bien y no hay forma de que me engañe. Pactamos que si conseguía ayudarlo el aportaría en mi investigación.

—Hola profesora Isabella, un hermoso tiempo el de hoy ¿no lo cree? —le dije cuando la encontré en el pasillo, puso cara de sorpresa, pocas veces nos hemos dirigido la palabra—, hoy me reuniré con Ernesto en la tarde y a él le encantaría que usted asistiera, veremos una película en su portátil, esa en la que la protagonista no se decide entre en amor de dos pretendientes, pero descuida, no hay desilusión y todos al final son felices; ¿le parece bien?, perfecto a las seis treinta en la habitación de Ernesto.

Cuando le conté, parecía más preocupado que alegre, una muestra más de

sus inseguridades, “yo no asistiré por supuesto, puedes decirle que tengo diarrea, lo cual no sería del todo una mentira pues la comida de aquí me indigesta”. “¿Dónde conseguiré una película semejante?” Me preguntó, le dije que podía tomar una de las mías, tengo varias películas pornográficas que encajan con la temática descrita.

## ERNESTO

Llegó temprano como era esperado, lo mejor que pude conseguir fue una comedia, la elegí cuidadosamente, seleccionando la menos vulgar posible, preparé palomitas de maíz y un refresco de hierba buena y limón, ella llegó con un vestido floreado turquesa que resaltaba el bronceado de su piel, un sombrero de paja grande, al retirarlo descubrió una trenza que cruzaba horizontalmente de derecha a izquierda formando un marco perfecto para su tierno rostro, en resumen estaba radiante, por un momento sentí vergüenza de haberla citado en un lugar como mi habitación, su belleza destacaba lo lúgubre de mi morada.

Isabella trajo en una pequeña cesta alfajores de maicena, comimos antes de ver la película y sentí una señal al percatarme que ella nunca me preguntó por Ramiro. El azúcar impalpable se pegaba al contacto, quería lamer el azúcar de sus dedos, ¡si tan solo me atreviera!, no, sería demasiado imprudente, tal vez mi acción temeraria terminaría en un bofetón. Ahuyenté esas ideas de mi mente y le pregunté sobre su día, no le preste atención, terminé emponzoñado por el olor a coco y vainilla proveniente de su cabello.

Pasaron horas, se terminó la comida y la bebida, los temas de conversación estaban a punto de extinguirse, no habíamos visto la película, pero ya era muy tarde, justo cuando me iba a ofrecer a acompañarla ¡ocurrió!. La lluvia más fuerte que había presenciado, los truenos nos ensordecían. Me alegré por eso, ella no podría irse, sin que ella me viera sonreí cual villano de historieta, como si todo fuera parte de mi ardid.

Tomé acción rápidamente, le ofrecí que pasara la noche conmigo para resguardarse y además que nos acostáramos para ver la película, accedió después de regalarme una pícaro sonrisa, ¡estaba sucediendo!, lo que tantas noches había soñado y ella parecía corresponderme. Una vez acostados y arropados la lluvia cesó, igualmente no cambiamos los planes, conversamos un poco más con el sonido de la película como fondo. Solo nos mirábamos al rostro mutuamente, ella a veces retiraba la mirada, lucía tímida o incomoda, no lo sé, dos sensaciones tan parecidas y de significados tan opuestos. Decidí tocarle el cabello —era tan suave como pensé—, subí y acaricie su cuero

cabelludo, no supe si eso le gustaba o simplemente lo toleraba, no sé bien como paso, pero nos dormimos.

Soñé brevemente que la tenía en mis brazos, que besaba mis mejillas y me decía lo importante que me había convertido en su vida. Desperté, la realidad era dura, aunque no del todo desalentadora, ella estaba al frente, durmiendo tan tranquila, tan indefensa. Uno, dos, tres, ¡no!, uno, dos —ayudándome con los dedos—, ¡sí!, es eso lo que tardaba en exhalar, me mantuve expectante observando sus respiraciones, viendo como su pecho se elevaba y descendía ligeramente, quería besarla. Con el dorso de dos dedos recorrí su rostro, sin tocarlo, pero lo suficientemente cerca para sentir su calor, ¿si ella supiera lo que siento, me correspondería?, si tan solo existiera una forma no verbal de expresar mis sentimientos, si existiera una comunicación telepática en la cual ella supiera que la adoro, que para mí es una mujer sagrada, estoy seguro que respondería positivamente, pero esa forma no existe. Tal vez deba escribir una carta mientras ella duerme y colocarla en su bolso, tal vez así su rechazo no duela tanto. Ella despertó —me agarró con la guardia baja, si es que eso fuera posible—, vi su cara de sorpresa y luego sonrió, yo podía verla y ella no a mí, sus ojos recién se adaptaban la oscuridad.

—Discúlpame —fue lo primero que se me ocurrió, le tomé el mentón con los dedos y la acerqué hacia mí.

—¿Qué? —me dijo confundida.

—Discúlpame —repetí, tal vez por el atrevimiento o por si no le gustase, quisiera seguir siendo mi amiga.

Mis labios contactaron los suyos, ella contestó instantáneamente, un beso tierno que fue avanzando hasta convertirse en fuego, la tomé por la cintura y apreté su cuerpo contra el mío, la acaricie desesperadamente y ella también se contagió, puso su mano en mi espalda y luego entrelazó sus dedos en mi cabello, tomé su vestido y descubrí su hombro, besé su piel y la mordí un poco para escuchar su reacción, ella soltó un gemido, subí un poco mientras besaba, agarre su cabello con firmeza y tire de él, para que levantara el mentón y así tener más cuello que besar, sus respiraciones se hacían cada vez más fuertes y dejaba escapar gritos pequeños de placer. Me subí sobre ella y puse mi mano bajo su cintura...

De rodillas en un descampado a las afueras de pampa de fuego. Han pasado ya algunas semanas, ayudé a Ramiro a averiguar sobre el atentado, él no supo que era en gran parte culpable. Junto a mí y de rodillas también,

Ramiro, Isabella y Marcelino. Al frente de nosotros la junta de campesinos formando dos columnas, todos tenían látigos de cuero con detalles de acero en la punta, con el cual nos azotarían.

La cadena de sucesos comenzó hace dos días, cuando Marcelino orgulloso, comentó al pueblo que él había detenido la construcción de la iglesia, luego con los interrogatorios de la junta, culpó a Ramiro como autor intelectual, mi gran amigo fiel a su carácter se opuso rotundamente al castigo, profiriendo insultos a todos los campesinos, ahora que volteo a mirarlo, veo a un hombre golpeado, al que le han arrebatado todo el orgullo.

Sobre Isabella y yo había muchos rumores, hasta que un día comenté que teníamos una relación, razón suficiente para este castigo, “corromper a una mujer en luto y a ella por no respetarlo” fue lo que nos dijeron. Resulta interesante ver cómo cambian las cosas, cuando llegué junto a Ramiro, jamás pensé estar en esa situación, como nuestros caminos se separaron al llegar, yo persiguiendo el amor y el inspirando el odio, no importó la ruta que recorrimos ambos terminamos en el mismo destino.

Pero hoy solo es el comienzo, el castigo terminará pronto, pasarán los días, las semanas y los meses, el luto acabará y podré formalizar mi relación. Cuando acabe el dolor de los correctivos el amor volverá, pues ella está esperando un hijo mío.

# LA ISLA MINEAS

## I

El mar anaranjado situado arriba del sol proyectando los últimos rayos del día.

—¡Qué aburrido! —dijo Viviana en la cima del árbol más alto, los pies entrelazados en una rama sostenían su cuerpo de cabeza mientras observaba el crepúsculo— cuando no se cumple trabajo alguno se termina más agotado.

—Disfruta del momento, que cuando se debe trabajar también te quejas —dijo Marcel, su hermano menor.

Ella levantó los hombros con gesto despreocupado. Todos los trabajos que me tiene reservado papá son aburridos, pensó.

—¡Ey! Hermana...

Usando únicamente la fuerza de su abdomen se colocó en posición natural, cortó una pequeña rama y la mordió. ¿Por qué las mujeres solo podían tejer, cocinar o enseñar a los niños? Niños, quien los puede soportar. El líquido verde y amargo se expandió por su boca y descendió por su garganta junto con un buen trago de saliva.

—... Deja de ignorarme hermana.

Sería fantástico poder salir con los expedicionarios, ir por la playa o la montaña con los recolectores salir al mar y pescar tiburones.

—¡Viviana! —gritó eufórico el hermano, agitándola como queriendo despertar a alguien de un sueño profundo.

—Tiburones...

—Hasta que finalmente contestas, ¿tiburones? —preguntó Marcel incrédulo y dirigió su mirada al mar— no veo a ninguno, además ya está oscureciendo vamos rápido hermana o papá se enfurecerá. —dando saltos de rama en rama descendió del árbol. Era una invitación a una carrera.

Viviana no tardó en seguirlo, su cuerpo moreno se movía con impresionante destreza detrás de su hermano. Descendían la pequeña montaña, a zancadas grandes cruzaban los campos verdes tachonados con flores

purpuras, a pasos cortos antes de saltar los canales.

Nunca había pensado en eso, papá era jefe de la aldea. Tal vez el jefe tenga el privilegio de cambiarle el destino.

Los músculos de las piernas empezaban a calentarse, los acorazados pies descalzos rompían espinas a su paso, frenaban súbitamente para saltar un riachuelo por su parte más angosta, más adelante su hermano había cruzado columpiándose de una liana. Con el corazón golpeando fuertemente su pecho, ambos se internaron en el tupido bosque.

¿Cómo reaccionaría?, evidentemente se negará, puedo refutar diciendo que soy más rápida y más fuerte que cualquiera de mi edad. Sea hombre o mujer.

Allí la oscuridad era mayor, no podía ver más allá de un metro, pero no tenía miedo, esquivaba los árboles con pericia. Ese camino, esa carrera, la corrían a diario, a veces dejaba ganar a su hermano. Pero hoy no, no el día que por primera vez en sus catorce años de existencia discutiría algún tema con su padre.

A la salida del bosque los esperaba un terreno rocoso, el ruido del agua contra la piedra les avisaba la presencia del río. Estaban los dos allí titubeando en la cima de la catarata, donde diversos riachuelos vertían sus jugos en un estruendoso canal que caía ocho metros hacia el vacío. Parecía invitarlos a caer en la trampa, a tirarse y romperse los huesos. Viviana dirigió un gesto de cejas a su hermano, invitándolo a que no pierda su ventaja. Él se tiró al vacío y una gran sonrisa hizo ocultar sus ojos café, segundos después se unió a su hermano lanzando unos grititos de júbilo. Se dejaron llevar por la corriente, salieron del río casi al mismo tiempo y les quedaba un tramo recto y llano hasta la aldea.

Se negará, me dirá que como mujer debo aprender las artes femeninas, crecer y servir a un hombre. Dirá aquella frase olvidada de que una buena mujer potencia las habilidades del hombre. ¿Por qué no puedo potenciarme yo sola?

Una rama de arbusto desafortunado hizo caer a Viviana. “Tal vez deba seguir la vida que tengo destinada. ¡No!, no me daré por vencida”. Se paró y sin sacudirse el lodo empezó a correr, su hermano le llevaba unos quince metros de ventaja y los aldeanos habían detenido sus actividades para observarlos. Las primeras zancadas eran torpes y dolorosas debido al golpe, pero como una locomotora fue ganando velocidad.

Los músculos le quemaban y sentía que estaban a punto de estallar, el aire

la golpeaba queriendo detenerla, pero ella seguía hacia adelante dejando una nube de polvo a su paso, logró rebasarlo y atravesar su meta imaginaria.

—Pensé que hoy me dejarías ganar, ya estaba preparando mi celebración.

Varios aldeanos rieron y aplaudieron el espectáculo, Viviana ignora a su hermano por segunda vez en el día y siguió trotando hasta su casa, llegó al árbol y lo escaló. Parada frente a los atónitos padres con el pecho agitado y cubierta de barro dijo.

—¡quiero ser cazadora de tiburones!

## II

—¿Qué es lo peor que puede pasar?, ya no hay marcha atrás para este asunto —dijo Gerardo resignado, Genaro escupió al piso y asintió.

Juan se alejó del grupo para encontrar mayor tranquilidad, las discusiones de sus amigos y el capitán Martínez siempre lo aturdían y la herida que tenía en el dedo empezaba a latir de nuevo.

¿Por qué molestarse si habíamos sobrevivido?, llegamos a esta costa casi sin esperanzas de vivir, hemos encontrado agua, frutas y algunos animales silvestres. El capitán atesora su mapa —que protegió durante el naufragio con una botella de vidrio— y dedica durante el día a discutir con sus aduladores las alocadas teorías sobre nuestro paradero. En una parte poco habitada de Oceanía se le había ocurrido decir hoy, todos asintieron.

Caminó sobre la arena blanca mientras se apagaban las voces de sus compañeros. “mañana empezaremos a construir una embarcación”, “así será”, “una aún más grande que la anterior”.

No podremos construir un nuevo barco, ni podremos volver a casa, se rehúsan a aceptar que estamos completamente perdidos, nuestro experto en navegación falleció durante el ataque. El capitán no sabe ni siquiera hacia qué dirección se pone el sol, menos aún hacia donde soplan los vientos.

La imagen que tenía al frente estaba llena de vida y a la vez falta de humanidad, entendió la diferencia en este paraje. Árboles milenarios se combinaban con flores que recién brotaban en la tupida selva que tenía al frente, los animales emitían ruidos, se alegró al escucharlos, era señal de que los empezaban a aceptar. Pensó en su tía y en sus primos pequeños, la idea de que tendría que rehacer su vida a miles de kilómetros de distancia le aterraba, el capitán embargaría todas sus pertenencias ya que no podría pagar el préstamo.

¡Pero que tonto!, el capitán Martínez está igual de atrapado que yo en este desolado lugar. Igualmente Tía María y los sobrinos estarán muy preocupados, cuentan con mis aportes para sobrevivir.

El estruendo de un arma de fuego lo sorprendió, corrió con cierta discreción de vuelta al campamento, no sabía quién habría podido tomar un

arma de fuego en lugar de un poco de comida o agua para sobrevivir, llegó a la conclusión de que era el capitán Martínez. Confirmó sus sospechas al verlo apuntando el pecho de Jacobo, un humilde limpiador de pescados.

Uno, dos... ¡quince!, nadie ha muerto, así que el disparo fue al aire. El capitán puede ser un malvado pero no es idiota, sabe muy bien que si quiere salir de aquí y volver a su vida acomodada en Perú tiene que contar con el apoyo de todos sus trabajadores, probablemente todos llegaron a la misma conclusión que yo: el dinero e influencia del capitán pierde validez en este lugar.

—Hozas faltarme el respeto, ¿acaso quieres morir?, acaso no sabes que estoy a cargo —sus ojos estaban inyectados en sangre—, si tu o cualquiera de la tripulación se opone a mis demandas, pagaré con la vida su insolencia —a medida que hablaba ganaba valor, su rostro se serenaba y optaba aquella pose de hombre refinado que siempre quería aparentar.

—No hay razón para obedecerte ahora Martínez —se rehusó a llamarlo capitán— sabes muy bien que no volveremos a casa, ni siquiera sabemos dónde estamos...

Se escuchó un segundo disparo, desviado intencionalmente pero muy cerca del cuerpo de Jacobo, este cayó de espaldas en la arena y un cañón apuntándole a la frente le impidió pararse.

—Si volveremos a casa —dijo entre dientes—, yo como capitán, les ordenaré como construir un barco y así surcaremos el mar nuevamente de vuelta a Perú. ¡Ahora párate!, es tu día de suerte, pues he decidido perdonarte la vida, de hoy en adelante si tu o cualquiera —y paso el cañón por cada uno de los náufragos presentes como si estuviera contándolos— se refiere a mi sin usar la palabra capitán, lo mataré sin contemplación.

—¿Cuántas balas tienes Martínez? —dijo Jacobo aún en el piso, con las piernas y la voz temblando— todos saltamos del barco con apenas unas frutas, pan o un poco de agua, ¿Cuántas balas pudiste traer?, siete u ocho tal vez, quizá no tomaste ninguna y solo tienes la que trae el revolver —se paró y apretó la frente contra el cañón del arma—, no dispararás.

Ahora quien lucía asustado era el capitán Martínez, sus ojos los tenía abiertos como platos, miraba alrededor buscando una mirada cómplice, pero todos tenían los ojos apuntando fijo a la arena, pensando, calculando cuantas balas puede traer alguien escondido, debatiendo si debían dejarse llevar por este viejo octogenario o era hora de elegir un nuevo líder. “¿por qué siempre

un líder?” pensó Juan.

—Él no sabe atar siquiera un nudo —continuo hablando Jacobo, ahora dirigiéndose a sus compañeros—, no sabe pescar, no ha cargado siquiera un tronco desde hace años y quiere seguir dirigiéndonos, es hora de elegir a un nuevo líder —no se supo de dónde provino el sonido, pero varios parecían secundarlo—. Es hora también de olvidarse de esa idea insensata de volver a casa. Yo junto con algunos de ustedes recorrimos este lugar y hemos llegado a la conclusión de que estamos en una isla, ¡Una isla inhabitada!

### III

En su habitación como una prisionera estaba Viviana, lugar a donde la obligarían permanecer indefinidamente, por la falta de “causar la peor vergüenza de toda la vida” a su padre. Marcel se escabulló y pudo alcanzarle algunos alimentos, pero ella se negó a probar siquiera un bocado.

Se sentía herida y no supo bien porque, las ideas surgían en su cabeza como hormigas de su agujero: si el mandarla a callar sin oír sus sentimientos, el que la enviara a empellones a su habitación o tal vez le dolía más que su madre no hubiera hecho nada para defenderla. Apretó sus dientes y odió a su padre en silencio.

Los padres no habían estado solos en casa, eso le hizo justificar la actitud de su madre, era impensable que una esposa se opusiera a su esposo en público. Estaban participando de una reunión sus padres y algunas personas importantes de la aldea junto a sus respectivas esposas. Lloró al recordar la humillación que le hicieron sentir las risas de los demás, como si lo que ella dijo fuera resultado de una irremediable locura, frustración al escuchar los comentarios soeces desde su habitación, en especial los de su tío Amador, persona que nunca había podido ocultar la envidia hacia su padre. Entre de sollozos logró dormir.

En medio de la noche un calor empezó a curar sus heridas sentimentales, el calor se intensificó y el olor del humo la despertó. Algo se incendiaba...se levantó de un salto y fue a observar por su ventana, pertenencias de todos los aldeanos apiladas en pequeños montículos estaban siendo quemadas, en medio de todo el alboroto, a pie del árbol que sostenía su casa, discutían unos hombres. Saltó por su ventana y descendió por el tronco sin que se dieran cuenta.

—No podemos acobardarnos siempre Ramón, eres débil —¿quién se atrevería a hablarle así a su padre? Se preguntó Viviana asomándose sigilosamente detrás del gran tronco— y eso algún día te pesara, nos condenaras a todos.

Se trataba de su tío Amador y su rabia subió desde el estómago hasta su garganta, quería saltar sobre él y darle unos buenos golpes.

—No estamos acobardándonos Amador, bien sabes lo que significaría que nos vieran, ¡aún peor si logran salir de aquí!, recuerda lo que nos pasó.

Viviana no entendió una palabra de lo que dijo su padre, el caos en la aldea aumentaba, madres cargando a sus bebés, niños cargando sus pertenencias, hombres cargando pesados bultos se dirigían al corazón de la isla, hacia las montañas. Ella corrió en dirección contraria, decidió que si sus padres veían como podía arreglársela sola, la dejarían convertirse en cazadora.

Las voces a su espalda se fueron apagando conforme se alejaba, tenía que ir lejos de los caminos que transitaban frecuentemente los hombres de su padre. Decidió ir cerca a la costa, pues los habitantes de la aldea tenían un gran respeto por el mar.

Cerca del mar habían una roca inmensa y sobre esta varios hombres de la aldea con antorchas y lanzas. La descubrirían antes de que sus padres siquiera se percataran de su ausencia. Solo tenía dos opciones y sabiendo que no volvería a casa tan pronto, llegó a la conclusión de que tendría que pasar la noche en el “bosque bravo”; el único lugar de la isla que su padre le prohibió visitar explícitamente, un lugar que muchas veces era el escenario macabro de las historias de su abuela.

Agradeció el haber tomado de último momento un abrigo de piel para el frío y una afilada lanza para protegerse. En la entrada del bosque un cuervo la observaba con sus ojos negros y penetrantes, parecía ser la última advertencia para evitar que entraran despistados visitantes.

Se metió entre la maleza, ramas le golpeaban el rostro a cada paso, debía además agacharse para pasar por debajo de gruesos troncos, escuchaba el silencio que precede al peligro, la calma antes de la tormenta, sintió la imperiosa necesidad de volver, de regresar al calor de su hogar —o a donde sea que se estén dirigiendo—. Pero eso significaría la derrota, además su instinto le decía que era más peligroso darle la espalda al bosque.

Unos gruñidos llamaron su atención, unos gruñidos que se acercaban cada vez más hacia donde ella se encontraba. Su respiración se agitó, miró alrededor y no había donde correr, se quedó estática mientras se acercaban a gruñidos y arañazos dos animales salvajes. Para su tranquilidad estaban peleando, los que eran al parecer un enorme zorro y una especie de perro salvaje. Tenía que salir de allí antes de que se percataran de su presencia.

Aunque la noche estaba muy avanzada pudo observar que la tierra en este

lugar era mas oscura y estaba cubierta por una alfombra de hojas secas que se compactaban y crujían a su paso. Sabía que si aceleraba el paso se darían cuenta, pero en ese momento de temor quería correr. Cuando piso un montículo de hojas el suelo debajo resulto ser más profundo, haciendo que trastabillara y los animales se dieron cuenta de su presencia. El zorro quien iba perdiendo el enfrentamiento, aprovechó la distracción del perro salvaje y partió corriendo.

El sudor le corría por las manos dificultando el agarre de la lanza, sin embargo sentía frio como cuando estaba a punto de pelear o competir con los demás aldeanos de su edad. El perro le llegaba a la cintura, tenía las patas delanteras arqueadas y se podía ver las venas proyectadas sobre sus músculos, esos ojos de esclerótica roja no le quitaban la mirada de encima; se le acercaba poco a poco mostrando los dientes.

Los músculos de Viviana estaban petrificados, pensó por un momento en trepar un árbol, pero darle la espalda a ese animal sería lo mismo que renunciar a la vida. Sin más el perro de abalanzo sobre ella y no le quedó más remedio que espabilarse, utilizó el mango de la lanza para desviar el cuerpo del perro, no quería usar la punta de la lanza, no quería matar al animal. El perro seguía lanzándose sobre ella cada vez más impaciente y feroz, ella los esquivaba ahora sin problemas, había aprendido a la perfección los movimientos del animal. Los golpes con el mango de madera, no hacían más que enfurecerlo, por tanto en la siguiente embestida se adelantó y atravesó al animal con la lanza. Este se retorció en el piso y lanzando un chillido débil dejo de respirar.

## IV

Toma con cuidado la cebolla sobre la tabla y desliza el cuchillo, concéntrate Juan adáptate a los movimientos del barco y corta con cuidado. No te darán nauseas, piensa en tu tía y sobrinas, ellas cuentan con el pescado que llevarás al puerto. Venderán la mayor parte para comprar pan, arroz y papas, otra parte lo salarán para poder conservarlo y comer tranquilamente hasta que vuelva del próximo viaje. Como este viaje va muy bien creo que las sorprenderé preparando una gran fuente de ceviche, en lugar de salar todo el pescado. Estoy practicando mucho, ya llevo con este tres días seguidos preparándolo, a todos les ha encantado y el capitán Martínez siempre pide más.

Lo que ha comenzado como un ruido de sorpresa se ha convertido en un manajo de gritos, solo oigo forcejeos, espadazos y de vez en cuando un disparo. ¡Nos invaden! Sé que no debo moverme y permanecer siempre haciendo mis labores, el capitán es muy estricto en ese sentido, “puede caer una tormenta y voltearse el barco”, pero yo no debo abandonar mis quehaceres, es lo que me suele decir. Todos le festejan esa gracia por supuesto, siempre que puede deja en claro mi ineptitud, pero hoy no, no me moveré de aquí, seguiré trozando y sazonando los pescados.

Hombres pintados con hollín, sonrisas con dientes ausentes, ríen y brincan de la alegría que les causa formar el caos. Mi visión periférica los sigue con facilidad, manchas negras danzando sobre la cubierta. El capitán Martínez retrocede poco a poco, disparando cada que puede, se escondió detrás de un barril, pero los piratas están por todas partes. Arriba de él aparece un pirata portando un cuchillo, el capitán huye despavorido y Genaro lo desmaya por detrás con un fuerte golpe, Gerardo de cerca cuidándoles la espalda. Siempre me llamó la atención el parecido de ese par, Gerardo es un señor en sus cuarenta, bajo de estatura y regordete, allí la esencia de su fuerza pues era capaz de cargar barriles llenos con pescado él solo, usaba una ridícula barba triangular bajo los labios, tenía un ojo de vidrio y un andar chistoso. Genaro parecía cortado con la misma tijera, aunque carecía de las peculiaridades de su camarada, en el último tiempo había imitado su jocoso caminar.

El capitán entro a su cocina y mientras emitía improperios disparaba por los agujeros.

—Eh, eh, en que puedo ayudar señor, digo capitán —se apresuró en corregir.

—¡Solo cállate!, tendremos mucha hambre cuando esto acabe, sancocha más maíces —y siguió disparando por el agujero.

Los piratas nos superaban en número, y el hecho de que corrían frenéticamente por toda la cubierta hacía imposible contarlos. ¿Es humo eso que huelo? “ ¡se quema el barco!”, gritaron desde afuera, el capitán maldijo una vez más y atravesó una puerta que dirigía al interior del barco.

Con órdenes estrictas de no moverme y con el miedo que me atenazaba decidí agachar la cabeza y seguir cortando los alimentos. Más temprano que tarde irrumpirán aquí los piratas y en la noche mientras cuenten el botín reirán al recordar al cobarde cocinero, la víctima más patética de sus vidas.

—¿Qué haces aquí Juan?, tenemos que abandonar el barco sino nos quemaremos.

—El capitán me ha ordenado que no me mueva de aquí —respondió avergonzándose de cada palabra que salía de su boca.

—Tonterías, todo el barco ardera en cuestión de minutos, agarra lo más importante y saltamos de una vez.

El miedo tenía atornillado a Juan al piso de madera, él sabía perfectamente que aquel hombre tenía la razón, pero pensaba mucho en las consecuencias de desobedecer una orden directa. Entró un pirata sosteniendo una antorcha, una sonrisa llena de sarro dental le causo miedo y repugnancia. Blandió la antorcha contra su camarada y ambos forcejearon, la voz del capitán —que había salido por otra puerta— retumbó en cubierta ordenando que recogieran todo lo comestible y saltaran del barco. Lo habían abandonado.

—¡Vamos Juan ayúdame! —el pirata tenia acorralado a su compañero. Supo inmediatamente que tenía que emprender alguna acción, los pies se despegaron del piso, tomó una pesada sartén de base ancha y con una nueva e irreconocible determinación golpeó la nuca del pirata con todas sus fuerzas, el agraviado cayó pesadamente con los ojos en blanco. El cuerpo de Juan temblaba de emoción, incrédulo de lo que acababa de suceder. Más piratas malolientes entraron a la cocina ignorándolos por completo, gritaban, saltaban, saqueaban, quemaban, reían. Así como entraron se fueron, el último de ellos

llevándose su fuente de ceviche a medio acabar. Juan prometió jamás olvidar ese momento, en el que su valentía había nacido o despertado. Horas más tarde durante el naufragio le pregunto su nombre al buen hombre, Jacobo le contestó con una sonrisa.

El capitán estaba anonadado tras la indiscreción de Jacobo, todos lucían desanimados, la idea de volver a ver a sus familias se desvanecía como arena entre los dedos.

—Sí, estamos en una isla desconocida, eso no detendrá el hecho de hacer una embarcación, no detendrá el deseo de ver a nuestras familias. Yo he sido capitán de muchos de ustedes desde que fueron niños y seguiré siéndolo hasta el último de mis días, ¡menos el tuyo estúpido!

Sin darle tiempo a reaccionar disparó y Juan vio como la bala desgarraba la piel de su amigo apagando la luz de sus ojos mientras caía nuevamente en la arena. Ahora en la playa de esta isla inhóspita, Jacobo le dio su segunda lección de valentía haciéndole frente al capitán, otra cosa que Juan jamás olvidaría. El capitán podría engañar al resto de la tripulación con sus discursos, pero a él nunca más. Se agachó y esperó a que todos se dispersaran antes de huir de aquel campamento.

## V

Iba dos días pasando hambre, caminaba con temor a todo lo que le rodeaba, durante la luz del sol dormía y en las noches deambulaba. Los ojos de animales feroces le servían de faros, como si asecharan, Juan empezaba a acostumbrarse a esos ojos lánguidos.

Alimentándose de cocos exclusivamente, todavía no adquiría la destreza para cazar y no tenía suficiente hambre como para alimentarse de raíces o insectos. Tarde o temprano aprendería a cazar —si no lo cazaban a él antes—, encontraría la forma de reproducir fuego y cocinar... extrañaba a su tía y primos pero abrigaba la esperanza de que se las arreglarían sin él.

Un ave de pico largo y curvo, de patas negras y amarillas se posó en una rama frente a él agitando sus alas para llamar su atención. Tenía unos ojos fríos e inexpresivos —eso le hizo sentir más temor—, la mirada impredecible lo enfocaba. Juan sintió que miraba a través de él. Intentó ocultar sus pensamientos egoístas, tal vez el ave estaba allí para reprenderlo escudriñando en su alma, una señal para que trabaje en el nuevo barco y vuelva a casa a cuidar de su tía.

El ave giró la cabeza para que ojo izquierdo lo enfocara directamente, era amarillo como sus garras, brillosos, gélidos e inexpresivos. El animal saltó de la rama e intento embestirlo, todo pasó muy rápido, Juan solo atinó a cubrirse con los brazos, el ave rasguño su piel e intentó un fallido picotazo.

Juan se paró con los brazos ensangrentados y empezó a correr torpemente por el sendero. “La lección ha empezado” pensó, iniciar en su vida salvaje o morir bajo las garras de ese feroz animal. Intento embestirlo algunas veces más, pero Juan se escudriñaba entre los árboles, arbustos espinosos o cualquier vericuetto disponible. La furia del animal era inagotable y Juan empezaba a ganar confianza, con pasos acompasados y una destreza en aumento empezó a arrojar ramas y pequeñas piedras al ave que no podía continuar la persecución y esquivar los proyectiles al mismo tiempo.

“El destino es maravilloso”, pensó mientras rugía su estómago, la isla me favorece, ha atrapado al capitán Martínez, me está convirtiendo en un explorador como mi padre y ahora me arroja un ave de seis kilogramos para

alimentar mis afligidos músculos. Debo arrojarle una piedra de forma certera, si le hago un fuerte daño no letal, el ave escapara volando lejos, debo tomar una piedra y dejar que se acerque lo suficiente para poder lanzarla en el momento exacto, ¡sí! ya puedo imaginar su sabor, hasta creo poder olerlo.

Estaba listo, se dio media vuelta para enfrentar a la bestia pero el ave no descendió directamente, sino que empezó a formar círculos en el cielo oscuro, rodeándolo, invitándolo a huir, alimentando el nerviosismo. El pájaro pego las alas a su cuerpo y se dirigió en picada hacia Juan a una velocidad vertiginosa. Se mantuvo esperando con determinación, pero cometió un error; lo miró a los ojos, esos ojos amarillentos y helados lo petrificaron, parecían mirarlo directamente al alma.

## VI

—Ramón nos ha traído aquí a escondernos como lo hacen los insectos.

—Calma Amador, sabes bien que el jefe hace todo lo que tiene a su alcance para protegernos —dijo un anciano mientras comía—, a nosotros solo nos queda apoyarlo en sus decisiones.

Los arranques de Amador habían atraído a una muchedumbre; algunos estaban a favor del jefe y otros pocos como él, en contra. Los que estaban en contra eran más ruidosos, vociferaban cosas como: “traernos a vivir en cuevas”, “hacer quemar todas nuestras cosas”, etc.

Amador estaba conforme con los estragos que había causado, pasado los minutos algunos fieles a su hermano cambiaban de parecer y los gritos se volvían más y más fuertes.

Se alejó de la multitud iracunda porque tenía información importante de primera mano y quería aprovecharla antes de que pierda su frescura. En la cima de la montaña estaba la cueva más grande, la de su hermano.

—Ramón —era el único que no llamaba jefe a su hermano, y también era el único al que se le permitía hacerlo—, me he enterado de la triste noticia de que tu hija esta extraviada.

Ramón no pudo ocultar la sorpresa ¿Cómo se enteró su hermano?

—Lo sé porque soy el encargado de la defensa hermano —se adelantó en decir Amador— nada sucede en esta isla sin que yo me entere.

—Entonces, podrías decirme ¿Dónde se ha metido mi hija?, dime por favor hermano donde sea que esté, la iré a buscar.

—No puedo hacer eso, claro que hubiera podido, pero como estamos todos en estas cuevas incluidos mis informantes se hace imposible.

Ramón caviló y con determinación le dijo a Amador que reuniría a un grupo de hombres de la tribu para ir en busca de su hija Viviana, a lo que su hermano respondió astutamente:

—No es lo más inteligente Ramón, deberías dejarlo en mis manos, mis hombres (los que están a mi cargo) conocen toda esta tierra, la encontraremos más rápido que tú y así podrás solucionar los problemas que tienes aquí.

Ramón estaba confundido, a su hermano le encantaba tener poder y

decisión sobre cualquier situación, pero sentía que le ocultaba algo. De pequeño su padre lo había preparado físicamente para ser fuerte, valeroso y defender a la tribu; a su hermano en menor medida, pues lo preparaban para ser la mano derecha del jefe. En algún momento de su juventud su hermano dejó de entrenar sus tejidos musculares para tejer las redes que suele lanzar con sus palabras, negociación, manipulación y chantaje fueron sus nuevas armas. Nadie sabía blandir esas armas mejor que él.

—¿Qué clase de problemas hermano?

—La gente Ramón, la gente mal informada es un problema, y ahora mismo no están hablando nada bien de ti, dicen que les has arrebatado todo, imagínate que pasaría si bajas y les dices que deben volver a los bosques para encontrar a una niña rebelde.

—¡No hables así de mi hija!, solo sucede que es muy joven y no piensa con claridad. En algo tienes razón, no puedo hacerle ese pedido a muchos hombres después de traerlos aquí, pero sí iré yo, iré con ustedes.

Después de una breve reflexión fingida, a la altura del más burdo actor callejero, esbozó una sonrisa de satisfacción y dijo:

—Iras con mis hombres, yo me quedaré, mi esposa está enferma y no quiero darle más preocupaciones, además intentare hacerte quedar bien con la tribu. Si quieres salir con ellos debes alistarte de inmediato Ramón, partirán en breve, buenas noches.

Dio media vuelta y empezó a descender por la montaña.

## VII

Como una estrella fugaz en medio del firmamento pasó esa lanza, la luna se reflejaba en la punta y giraba formando espirales hasta que atravesó el ala izquierda y pecho del ave haciéndola caer pesadamente.

Esa imagen se estaba repitiendo en su mente una y otra vez, no se había podido mover al ver la magnificencia del animal frente a él. Le salvaron la vida. Su encapuchado salvador lo llevó a un recinto escondido del bosque, en una fogata ya se asaban unas liebres; los primeros trozos de carne suave y jugosa al entrar en su cuerpo le dieron energía y recobró su lucidez.

—¡Oh! Esto es delicioso, no recuerdo la última vez que comí algo cocinado —Juan golpeaba la carne contra su cara y metía lengua y dientes entre los huesos— gracias por salvarme, ¿Cuál es tu nombre?

Aun sin quitarse la capucha Viviana le dijo:

—Eso debería preguntar yo y ¿de dónde eres?, nunca antes te he visto en la isla.

Juan se sorprendió al ser tratado así, pensó que su salvador tendría solo palabras amables para él.

—Mi nombre es Juan, no me has visto en la isla porque no soy de aquí, vengo de Perú...

—¿Qué es Perú, así es como ustedes llaman al mar?

—No —se rio, pero pronto retomó la compostura al ver que su salvadora no mostraba signos de estarse divirtiendo—, Perú es un país, ya sabes en la tierra, otra tierra —añadió al percibir la incredulidad—, allá viven muchas personas y llegamos aquí por accidente. No sabía que habían otras personas aquí.

—Sí, somos muchos también pero se están escondiendo de ustedes —Viviana entendió recién el porque todos abandonaban el bosque—, mi padre es el jefe y así lo ha ordenado, aunque no sé porque nos ocultamos de ustedes sin tienen la piel tan clara y suave.

—Tampoco lo sé, creo que unos pocos como tú podrían acabar con el capitán Martínez y sus marineros, ¿por qué tú no te has escondido también?

Viviana reflexionó sobre su madre, su hermano Marcel, se sintió culpable

por abandonarlos, su padre diría es muy desconsiderado huir y darles preocupaciones ya que él tiene que dirigir a toda la tribu, y la castigaría de inmediato “mi padre todo lo soluciona con castigos” pensó.

Mi mamá me recibiría con un gran abrazo, no le importaría a donde me fui sino que estoy sana, pero no se opondría a los castigos de mi padre. Marcel, él debe estar furioso porque no lo traje conmigo, lamento no haberme despedido, pero estoy segura de que hubiera venido tras de mí y no podría exponerlo.

—Eso no es de tu incumbencia —dijo Viviana de repente—, cierra la boca y ponte a dormir, nadie te atacará aquí

Se dio la vuelta y se acostó dándole la espalda al fuego, Juan supo que no debía decir más y también intento dormir, cerró los ojos y las imágenes volvieron a rodar en cámara rápida en su cabeza.

Entrada la mañana Viviana se levantó alarmada:

—¿Qué haces? —le preguntó a Juan.

—He traído vegetales y frutas para el desayuno, no pude cazar ningún animal, creo que aún no sirvo para eso, aunque debo confesar que lanza es muy filuda, sirvió para cortar perfectamente los alimentos.

—¿Usaste mi lanza para cortar mangos? — preguntó tomando su lanza y pegándola a su cuerpo como un niño recuperando su juguete.

—Y algunas verduras también —respondió sonriente— espero que te guste.

—Debes tener pies muy ligeros —se burló— porque no me percaté de que te levantaste, tendré que vigilarte mejor. ¡Tiene buen sabor!, nada mal —dijo asintiendo—, más tarde te enseñare a cazar para que cocines algo mejor.

Acabaron el desayuno y Viviana le dijo que tenían que moverse, caminaron por un sendero y Juan no podía ocultar su entusiasmo por aprender a cazar, le decía a cada momento que quería empezar a cazar y no paraba de hablar sobre la cacería de animales muy grandes.

—Solo cazamos para comer y somos dos así que a menos que traigas a un ejército solo practicaremos con animales pequeños —sentenció de inmediato Viviana.

—Ya veo, pero si es así ¿Cómo me convertiré en un buen cazador? — preguntó curioso Juan.

—Está bien, tienes que hacer lo siguiente —le puso la mano en el pecho y lo detuvo—, coloca una pierna adelante y la otra atrás, una mano la separas del cuerpo para dar equilibrio y la otra sostiene la lanza sobre tu hombro, no

te daré la lanza todavía, así que imagínatela.

Juan la contemplo escéptico, pero finalmente asintió.

—Ahora tu cuello relajado, observando directamente el punto donde vas a lanzar —prosiguió Viviana—, es lo más importante de todo, a donde dirijas la mirada ira tu lanza, ¿listo?, ahora tira hacia adelante el brazo que sostiene la lanza lo más recto posible —Juan imitó el movimiento de lanzar una lanza, Viviana le hizo un gesto de aprobación—. Es todo lo que necesitas saber, sigamos adelante.

—Espera, ¿eso es todo, ya soy un cazador sin haber sostenido una lanza?

—Es todo lo que necesitas saber, si te concentras y lanzas directo acertaras tu objetivo —dijo Viviana al borde de perder la paciencia.

Los nuevos amigos siguieron caminando y explorando el “bosque bravo”, que durante esa hora lucía muy tranquilo, Juan se sentía muy a gusto con la compañía de Viviana y le contaba sobre su vida en Perú y los abusos del capitán Martínez —al que Viviana ya odiaba sin conocerlo—, quien lo había obligado a trabajar muchos desde pequeño por un sueldo injusto para pagar una antigua deuda que adquirió su tía.

Juan se horrorizó al saber que su salvadora quería ir al mar a cazar tiburones, armada solo con lanzas, y se sorprendió al saber que no eran los primeros hombres no-nativos que habían llegado a esta isla, “abuela nos contaba una historia sobre los primeros que llegaron en barco a la isla, unos pocos buenos y muchos malos; los primeros nos enseñaron el idioma y los segundos trajeron guerra y muerte, la única guerra que se ha librado en esta isla, por eso cada que llegan forasteros nos escondemos. Ahora que me cuentas de esa arma que lanza poderosos proyectiles comprendo la decisión de papá” le dijo Viviana.

—¡Detente! —le dijo de repente— mira hacia adelante ¿lo ves?

—No veo nada —respondió Juan— solo maleza y moho de los árboles.

—Presta atención, allí entre el arbusto y esa roca.

Juan agudizo su visión y empezó a explorar entre las ramas del arbusto, y pudo observar un pedacito de piel ceniza y esponjosa que se ocultaba tras las hojas, un conejo. Le dirigió un gesto afirmativo a Viviana.

—Muy bien —le pasó la lanza—, con mucho cuidado sigue mis indicaciones ¿recuerdas?, una pierna adelante y la otra detrás, tu mano izquierda sepárala de tu cuerpo para tener estabilidad. Ahora estás cargando la lanza, no la aprietes demasiado, acostúmbrate a su peso ¿listo? —esperó a

que Juan afirmara con la cabeza—, ahora el cuello recto y la mirada fija en tu objetivo (recuerda, es lo más importante), luego lanzas con el brazo recto, un movimiento relajado y muy rápido. Sé que es difícil, tomate tu tiempo.

Juan estaba allí frente al objetivo intentando relajar sus músculos, para poder hacer lo que le indicó Viviana, no quería mover los pies más de lo necesario para no ahuyentar al conejo, seguía intentando acostumbrarse al peso de la lanza, era de madera gruesa pero liviana, se dio cuenta de lo difícil que era mantener la concentración en aquel cuadradito de piel, los ojos se distraían con las ramas y parecía que cualquier detalle del paisaje ganaba más importancia que el conejo. Suspiró y se calmó a sí mismo, puso todo de sí en observar la piel gris del animal, imaginó su silueta detrás de los ojos, se concentró tanto que le pareció distinguir cada pelo. El animal vibró, estaba a punto de irse, no tenía más tiempo, sentía la mirada de Viviana en su nuca, tragó saliva y lanzó con todas sus fuerzas.

Dio en el blanco. Viviana y él sonrieron y se unieron en un abrazo.

## VIII

—¡Llamen al Capitán! —gritó Gerardo que venía junto a su inseparable arrastrando a un hombre.

—¿Quién es este hombre? —preguntó el capitán al ver al prisionero.

—Lo sorprendimos en el bosque mi capitán, estaba espiándonos mientras buscábamos alimentos, no quiso decir ninguna palabra señor —dijo Gerardo, Genaro se limitó a asentir en silencio.

—Muy bien —dijo el capitán Martínez—, ¿Cuál es tu nombre, o es acaso que no hablas español?, si no quieres hablar, hablaras pronto. ¡Amárrenlo y pónganlo al sol! —y se apartó del grupo.

Genaro fue tras él al verlo preocupado.

—¿Qué le preocupa capitán, estuvo mal haberlo traído?

—No, han hecho bien, están demostrando ser muy leales ustedes dos —dijo el capitán sin poder ocultar aún su preocupación— dime una cosa, ¿fue sencillo capturar a ese hombre?

—¿Por qué lo pregunta capitán? —dijo incrédulo Genaro— pues, supongo que sí, lo vimos espiando detrás de un árbol cerca al arroyo, le avise sutilmente a Gerardo, nos separamos y él lo sorprendió por atrás.

—Muy bien —dijo pensativo el octogenario—, y ¿opuso resistencia?

—Pues, no atacó a Gerardo solo se limitó a verlo fijamente, luego vine yo y lo ataque por la espalda, creo que actuamos muy bien en equipo capitán.

—¿Eso creen?, yo creo que fuimos nosotros los que caímos en su trampa, ¿has visto las cicatrices en su cuerpo? es un guerrero Genaro y ha venido aquí porque así lo ha querido, de no ser así hubiera peleado con ustedes.

—No lo había pensado de ese modo mi capitán, pero ahora que lo dice, si es muy sospechoso —respondió adulándolo—, ¿qué haremos ahora?

—Solo nos queda esperar, en unas horas intentaremos comunicarnos con él. No tiene que saber que lo hemos descubierto, corre la voz de que está prohibido hablar con el prisionero.

—Enseguida mi capitán

Durante días en el campamento estuvieron reuniendo maderos, cortándolos, juntándolos, fingiendo que no era un problema la ausencia de

materiales para unir todas las tablas. El capitán se sentó en lo más alto de una roca mirando fijamente el bosque que se extendía frente a él, como si así pudiera escudriñar sus secretos. La paranoia se apoderaba de su cuerpo, intentaba despejar su mente pensando en la vuelta a Perú, pero ésta, traicionera llevaba sus pensamientos a las mismas preguntas una y otra vez: ¿Cuántos hombres como este prisionero estarán escondidos en la isla?, ¿nos estarán observando ahora mismo?, ¿Por qué no nos atacan de una vez? Las preguntas retumbaban y solo sentía ganas de gritar, como hubiera deseado traer un poco de ron. Se tranquilizó pensando que algo detenía a los lugareños, que querían algo a cambio o quizá le tenían miedo, sonrió y acarició el cañón de su revolver escondido en su bolsillo.

Cuando el sol llegó a su punto más alto, el capitán Martínez supo que era hora de actuar, se armó de valor y dispuesto a no demostrar sus inseguridades fue a torturar al prisionero dispuesto a hacer lo que fuere necesario para sacarle información que le sea útil. Al llegar se encontró una sorpresa, el hombre estaba completamente fresco, no mostraba signos de sudor o insolación y aguardaba con una sonrisa.

Estaban los cuatro: el capitán, Gerardo, Genaro y el prisionero, el último empezó a hablar presentándose como Raymundo, su actuación era deplorable, fingió pedir misericordia —ninguno de los tres náufragos le creyó, pero no se molestaron en desmentirlo—, les comentó que la isla estaba llena de oro y él podía conseguirles todo el que quisieran a cambio de dejarlo libre, eso despertó la avaricia del capitán y sus secuaces.

—Todo el oro que quieran a cambio de liberarme —habló Raymundo en voz muy alta, haciendo que todos los náufragos se acercaran a escuchar, el capitán Martínez quiso intervenir pero no supo cómo hacerlo—, sé que todos deben dudar de mí, “¿Cómo creerle a un desconocido condenado a muerte?, podría decir cualquier disparate con tal de salvarse”, tú acércate —señalo con la cabeza a un hombre pequeño—, revisa la bolsa bajo mi cinturón.

El hombre miro al capitán y este asintió, se acercó, le retiró la bolsa y se la entregó a Gerardo, la abrió y dentro había numerosas pepitas de oro, tomó una y la observó contra la luz y le extendió la bolsa al capitán, era oro autentico. Los hombres emitieron un grito de júbilo.

—Hay muchísimo más en el interior de la isla, si me liberan puedo llevarlos allá

—¿Cómo sabremos que no es un engaño y no se trata de una emboscada?

—preguntó Gerardo

—Porque los necesito para algo más —“por fin sabré de que se trata” pensó el capitán Martínez—, ustedes estarán pensando ¿Qué hare con tanto oro si no tengo como utilizarlo?, pues les tengo que ofrecer un trato. Una bala de su revolver —dijo señalando con la cabeza al capitán— a cambio de un barco, me parece un cambio bastante justo ¿no es así? —hizo una pequeña pausa—, solo tienen que matar a un hombre y tendrán oro y un gran barco para salir de esta isla.

## XI

En medio del bosque bravo tres días después, Viviana se preparaba para sorprender a Juan

—Buenos días pies ligeros —le dijo agitándolo.

—¡No me llames así! —respondió Juan y se incorporó— guau, ¿es para mí?

—Claro que sí, la estuve puliendo toda la noche, así que dormiré algunas horas

—Perfecto —entendió Juan— yo estaré vigilando mientras descansas.

Juan admiró su nueva herramienta de cacería y pensó en lo bien que le estaba yendo en la isla desde que Viviana se había unido a él, decidió caminar un poco por los alrededores a ver si conseguía algo delicioso para compensar el regalo.

—Hay algo que debo decirte —le dijo Viviana sin voltearse a verlo—, más tarde volveré a casa.

En el lado opuesto del bosque bravo, el jefe de la tribu empezaba a sospechar de los expedicionarios brindados por su hermano. Llevaban días dando vueltas sin indicios de seguir la pista correcta hacia el paradero de su hija. Eran muchos los hombres y siempre estaban rodeando a Ramón, esperó el momento de estar solo con uno y le habló.

—Reconozco este lado del bosque —le dijo.

—Que bien jefe, salta a la vista que usted es un gran explorador —dijo el hombre—, para un ojo inexperto, todo el bosque parece igual.

—No lo conocía bien, pero al pasar tres veces por un lugar un empieza a memorizar los detalles —el hombre se sorprendió al ver que el jefe los había descubierto.

—Es cierto —empezó nervioso—, hemos regresado en busca de más detalles jefe.

—No me tomes por tonto hombre, sé que me han hecho dar vueltas por días, cuéntame que están planeando y porque no me llevan a ver a mi hija. Recuerda que soy tu jefe y no debes mentirme —se paró frente a él y lo miró fijamente para evitar que mienta o se escabulla.

—Lo siento mi jefe, yo no quería engañarlo pero me obligaron...

—¡Por aquí, he encontrado algo! —gritó otro hombre y todos corrieron a reunirse con él.

Se trataba de un retazo de piel, que Ramón supo identificar perfectamente, era del abrigo de piel de Viviana, y un ave putrefacta con un agujero de lanza. “se une junto a otras huellas, no está sola”, dijo un hombre. Ramón se sintió muy bien, por fin una pista que llevaría al paradero de su hija. Cocinando unas liebres, Juan no paraba de pensar en lo que dijo Viviana, no le importó que estuviera durmiendo y le dijo en voz alta.

—¿Qué pasará conmigo?, me has dado la lanza que me valga en el bosque por mí mismo, ¿no es así?

—¿Sigues pensando en eso todavía? Sí, el regalo es para que puedas cazar por tu cuenta, he decidido que ya es momento de volver a casa, buscar a mi familia, me deben extrañar, debo afrontar a papá y dejar de huir.

—Está bien Viviana, yo apoyo esa idea, debes ver a tu familia pero, debes llevarme contigo —aún quedaba encendida una pequeña llama de ilusión en el corazón de Juan—, por favor.

—No puedo... no, no puedo —se volteó a verlo—, se esconden de ustedes y no puedo aparecer en casa varios días después con uno de los invasores.

—¿Es así como me consideras? —se indignó Juan— no puedo creerlo, ya no sé qué decir, me siento ofendido.

—Sé que no será fácil Juan, pero debes comprenderme...

—Ya te he oído lo suficiente, aquí tienes tu comida lista y tu maldita lanza, ¡yo me voy!

Viviana intentó detenerlo pero Juan se alejó con determinación. Se quedó sollozando por el amigo que perdió.

Amador había hecho muchos cambios en la tribu difamando a su hermano, hizo pensar a todos que habían sido abandonados por el jefe y los convenció de la necesidad de nombrar a un nuevo jefe. Él se ocupó de nombrar a uno de sus hombres para seguir manipulando a los hombres y mujeres de la tribu.

—¿Cómo va andando el plan con Raymundo? —le preguntó a uno de sus hombres en la oscuridad de una de las cuevas más pequeñas.

—Todo va según lo planeado señor, en estos momentos deben estar dirigiendo a los intrusos a ver el oro. A alimentar su codicia, como diría usted.

—Muy bien, te noto inquieto —le puso una mano sobre el hombro—,

¿pasa algo más?

—Sí señor, se trata del jefe, digo de Ramón —se apresuró a corregir por estar presente Amador—, empieza a darse cuenta de que estamos dando vueltas en el bosque bravo, tuvimos que enseñarle las pistas que encontramos el primer día.

—No hay problema buen hombre, hoy se acabara todo, quiero que transmitas esta información: contacta a Raymundo sin que te vean, que lleve a los invasores al extremo este del bosque bravo para que maten a Ramón a la hora del crepúsculo; luego vuelve a la expedición de mi hermano y dirígelo a ese punto. Muy bien eso es todo lo que debes saber, yo estaré arreglando otros asuntos y los alcanzaré en el bosque.

Raymundo estaba encabezando un grupo al interior de una caverna ayudándose con la luz de una antorcha, el acceso se hacía cada vez más pequeño y parecía cerrarse por completo, “es una trampa” se escuchó decir a un Marinero asustado. Raymundo señaló la tierra que estaba al final del túnel, estaba revuelta, como si la hubieran puesto allí para ocultar algo.

—¡Caven! —ordenó el capitán Martínez con un brillo codicioso en los ojos, dos tripulantes se apresuraron a retirar la tierra con las manos.

Retiraron tierra hasta que les sangraban las manos, solo en ese momento el capitán ordenó que otros dos relevaran a los heridos. Por fin una mano atravesó la muralla, estaban más cerca del tesoro. Una vez despejada la entrada tenía el diámetro para que ingrese solo una persona arrastrándose, uno a uno fueron entrando, el último en ingresar fue el capitán.

—Pueden llevar todo el que puedan —dijo Raymundo moviendo la antorcha, para asegurarse de que vean todo el tesoro de la habitación—, aunque no les aconsejo llevar demasiado, en el mar vale más el agua que el oro.

Ninguno escucho las últimas palabras de Raymundo, lo que había en esa habitación era increíble, había oro, cadenas, sortijas, que brillaban al reflejo del fuego de la antorcha, coronas, platos, copas, el tesoro se extendía al menos tres metros en las zonas más altas, y no se lograba ver el final de la habitación. El saco de cuero que habían traído resultaría insuficiente, el propio capitán tomó el saco y se abalanzo hacia el tesoro escogiendo los artículos de mayor valor, sus hombres se llenaban los bolsillos con monedas relucientes, Gerardo encontró un barril de madera lleno de licor, bebió un poco y luego arrojó el

contenido para llenarlo con piedras preciosas con rapidez desesperada, como si el tesoro que no subiera al barril fuera a desaparecer.

—Hombres como ustedes vinieron hace cientos de años a llevar esa caverna —les dijo Raymundo mientras salían de la caverna. “tesoro de piratas” pensaron todos.

Juan sentía mucha hambre, vagabundeaba por el bosque lamentando haberse ido sin comer y lamentándose por no aceptar la lanza de regalo. Se sentía herido por Viviana, pensó que había encontrado una amiga para toda la vida y aunque sabía que ella en algún momento se iría con su familia, nunca pensó que lo dejaría solo. Subió una colina para dirigirse al río, bebería agua y tal vez encontraría a un animal desprevenido.

Comenzó como una pequeña vibración y se transformó en un ruido distante y apagado como el de un tambor. Pasos, alguien corría hacia él. Se escondió tras unos matorrales y esperó, vio a un hombre moreno acercarse a gran velocidad, la vestimenta era parecida a la de Viviana. “¿Será el padre de Viviana?”, pensó, el hombre se detuvo en seco a pocos metros de donde Juan estaba escondido y sintió que el corazón se le salía del pecho. Miraba alrededor como buscando algo, Juan estuvo a punto de salir de su escondite y presentarse como amigo de Viviana, por suerte no lo hizo.

Debajo, vio salir de una cueva un hombre con la misma vestimenta y detrás el capitán Martínez, Gerardo, Genaro y los demás, llevaban arrastrando un barril y un saco; tenían los bolsillos llenos y una mano repleta de monedas doradas apretadas contra su vientre, nunca había lanzado desde tan lejos, pero deseó tener una lanza cerca e intentar atravesar al viejo capitán. El hombre moreno de abajo miró hacia arriba y Juan por un instante temió que lo hubieran descubierto, luego se dio cuenta que se comunicaba con el otro, ambos se comunicaban por señas, sus antiguos compañeros de tripulación no se daban cuenta, todos contaban el oro entre sus manos.

El hombre de abajo asintió —la única señal que Juan comprendió— y luego conversó algo con el capitán, el otro hombre se fue con rumbo desconocido, en ese instante Juan supo que ninguno de ellos era el padre de Viviana, el padre de ella no tendría ningún vínculo con el capitán. Tenía que averiguar que estaba pasando, tendría que seguir a alguno de esos hombres.

Viviana se acercaba a las cuevas y pensaba en lo que tendría que decir. Aceptar su destino o seguir reclamando para ser cazadora de tiburones. Antes

de acercarse lo suficiente la interceptó su hermano poniéndola al tanto de lo que ocurría dentro de la tribu; sobre su tío, el cambio de jefe y los rumores de que su papá había abandonado a sus hombres. Esas noticias le parecían extrañas e inquietantes.

—Volveré al bosque bravo a reunirme con papá —dijo Viviana—, tengo un mal presentimiento hermano.

—Voy contigo —respondió inmediatamente Marcel.

—No puedes venir conmigo, creo que algo malo está tramando nuestro tío.

—¡No dejaré que nos abandones de nuevo Viviana!, tenemos que ir a ver a mamá, ella está muy preocupada por ti y partiremos en unas horas.

—Está bien, iremos juntos Marcel —no supo cómo negarse, también quería ver a su madre—, ¿conoces algún camino secreto?, creo que es mejor si nadie me ve.

Amador había reunido un grupo de diez soldados, todos fieles al jefe Ramón.

—Buenos días guerreros —estaba con el cuerpo erguido y la nariz levantada—, los he citado hoy como jefe de defensa y como hermano de nuestro antiguo jefe de tribu, Ramón. Tengo algo que proponerles —vio cada rostro del auditorio y supo que nadie le creía, no le importaba, les ofrecería algo que no podrían rechazar—, quiero formar una expedición para buscar a mi hermano, yo sé que no ha huido como dicen muchos, pienso que algo le ha pasado. Los he elegido a ustedes porque sé que son muy fieles a Ramón, yo mismo los acompañaré. ¡Saldremos esta tarde!

Ninguno de los hombres confiaba en Amador, pero no querían desaprovechar la oportunidad de encontrar al jefe.

## X

Se inició una movilización en distintos puntos de la isla, Juan siguió al hombre y perdió de vista a sus antiguos camaradas, se sorprendió al ver el rumbo que seguía aquel hombre, un sendero en medio del bosque bravo, una especie de atajo —en el que aparentemente no circulaban los hombres de la tribu de Viviana—, por lo que se veía ese hombre conocía esa parte del bosque a la perfección.

Se mantenía lo más paralelo posible al camino para no ser detectado, pero el terreno por zonas era muy suave, rocoso o pasaba a ser extremadamente duro, que le hacía doler las articulaciones al correr. Espinos cortaban su piel dejando heridas superficiales que ardían al contacto de las hojas, por momentos se hacía imposible seguir a adecuada distancia, lo perdía detrás de una loma, para luego ver su nuca perderse en el horizonte, lo perdió completamente en un par de ocasiones teniendo que adivinar qué dirección seguir. Su intuición estaba muy aguda pudiendo así acertar el camino correcto.

El sol estaba en extremo brillante, el aire caliente y pesado dificultaba su respiración, para su suerte el hombre aminoró su velocidad y se reunió con otros hombres de su tribu, Juan se apresuró para ver bien. Los hombres estaban comiendo, todos conversaban excepto uno que se dejaba notar sumamente tenso. Este hombre lucía además más maduro y fuerte, Juan no necesitaba que se lo presentaran para saber que aquel era el jefe, el papá de Viviana.

Juan no entendía que relación pudiesen tener el papá de Viviana con el capitán Martínez —ignoraba por completo la trampa que se estaba tejiendo—, los hombres dieron vueltas por el bosque a paso relativamente lento, lo que permitía a Juan seguirlos fácilmente e inclusive adelantarse. El sol se estaba ocultando, el horizonte era rojo y las sombras de los árboles se hacían más grandes y finas. Empezaba a agotarse de esa caminata sin sentido hasta que se alarmó por lo que ocurriría pronto, desde la cuesta donde él se encontraba veía de la derecha al grupo que venía siguiendo, del otro lado el capitán Martínez acariciando su revolver impasible y los otros sujetaban palos, ambos grupos se encontrarían en el codo del camino, justo al frente de él. Supo de

inmediato que querían matar al papá de su amiga.

Poco podría hacer para evitar el enfrentamiento, así que tomó una piedra y decidió permanecer escondido en la frondosidad de los árboles mientras esperaba su momento. El bosque estaba callado, como si todas las criaturas vivientes permanecieran en vilo aguardando el desenlace de lo que sea que fuera a ocurrir pronto, tan callado que se podía escuchar las pisadas de los hombres. Raymundo iba cerca del capitán y al reunirse con el otro grupo el único sorprendido era el jefe Ramón.

—¿Qué está pasando? —dijo Ramón— ¿por qué Raymundo esta con esos hombres?

Se escuchó un “lo siento jefe” de alguno de los hombres y se pasaron todos al otro bando. Raymundo se adelantó

—Jefe, lamento que haya estado vagando sin rumbo todos estos días. La buena noticia es que no ya deberá caminar más, la mala es que hoy morirá.

—¿De qué se trata esto?, ¿por qué me traicionan?

—Es obra de tu hermano, él ha planeado cada detalle —dijo acercándose al jefe llenándose de valor—, estos hombres de atrás te matarán usando un arma moderna en el momento exacto que Amador aparezca por el norte con varios de tus hombres para poder verte morir.

El puño el jefe se iba cerrando, las venas a rededor de su brazo se hacían más notorias. Raymundo reía y los otros no sabían bien cómo reaccionar, aun guardaban algo de respeto a Ramón. Lo siguiente Raymundo no lo vio venir, un puñetazo del jefe fue a estrellarse directo en su mejilla haciéndolo trastabillar y caer pesadamente al piso, los marineros estaban más cerca de la acción y se abalanzaron contra Ramón, con palos intentaron derribarlo pero uno a uno fueron volando después de violentos golpes. El jefe era un peleador astuto, de una patada dejó sin aire a Gerardo y le arrebató el palo, luego lo rompió en la espalda de uno de los traidores de su tribu.

Además de astuto era muy fuerte, iba derribando uno a uno a puño limpio hasta que sorprendentemente se arrojó Raymundo a sujetar una de sus piernas y los demás lo imitaron, tenía a un hombre sujetándole cada miembro y uno adicional tomándolo por el cuello, aun así se movía con fiereza. El tímido anciano se acercó tembloroso apuntando al pecho de Ramón. Juan apretó fuertemente su piedra y se concentró para lanzar el proyectil al capitán, para su alivio algo sucedió antes. “¡aún no!” —Dijo Raymundo sujetando fuertemente la pierna de Ramón—, “espera un poco, debe acercarse el otro

grupo ¡ya morirás infeliz!”.

—Tú debes ser pies ligeros —una voz detrás de Juan hizo que saltara del susto—, tranquilo soy hermano de Viviana, te vimos desde atrás ella viene con el otro grupo.

—Que no me llamo así, espera —dijo sobresaltado— ¿el otro grupo está cerca?

—Si, llegarán en pocos segundos.

—¡Van a matar a tu papá!, dame tu lanza.

—¿Cómo que lo matarán? —dijo incrédulo Marcel— vienen a buscarlo

—No, se trata de una trampa cuando lleguen ese viejo le disparará, debo matarlo antes de que lleguen.

—Estamos lejos, será muy difícil.

—Tengo que intentarlo...

Aves volaron encima de las copas de los arboles hacia el firmamento tras escuchar el estruendo de un disparo. Los disparos continuaron, uno atravesó el cráneo de Raymundo y uno a uno fue disparando a los que sujetaban al jefe, Amador y los hombres llegaron justo a tiempo para ver la escena.

—¿Qué creías? ¡Que te ibas a burlar del viejo capitán Martínez! —dijo dirigiéndose al cadáver de Raymundo—, querías que matara al jefe frente a un grupo de sus hombres, si lo hacía nunca iba a salir vivo de aquí.

Amador fue apresado junto a los traidores sobrevivientes y se construyó la primera cárcel de la isla. Los naufragos fueron devueltos al mar —después de arrebatárles todo el oro— y juraron no volver a la isla. El capitán Martínez gastó los últimos años de su vida intentando volver en busca del tesoro. Juan fue aceptado como miembro de la tribu y Ramón vivió lo suficiente para ver a su hija convertida en la primera mujer cazadora de tiburones.